

ESCENA VIII

Los mismos, EL LORD CANCELLER, toda la corte

La Reina.—Entrad, señores, entrad, que hoy me complace verdaderamente veros á todos... Bien, bien; los hombres de justicia, por aquí... más cerca, más cerca...
¿Dónde están los reyes de armas de la Cámara de los lores, Harriot y Llanerillo? ¡Ah! ya os veo, señores; sed bien venidos; desenvainad vuestros aceros y colocaos á derecha é izquierda de ese hombre, que es vuestro prisionero.

Fabiani.—¿Cuál es mi crimen, señora?

La Reina.—Milord Gardiner, mi sabio amigo, sois canceller de Inglaterra, y os hacemos saber que debéis reuniros cuanto antes con los doce lores comisarios de la Cámara estrellada, á los cuales siento mucho no ver aquí, pues ocurren cosas extrañas en este palacio. Escuchad, señores, Isabel ha suscitado ya más de un enemigo de nuestra corona: hemos tenido la conspiración de Pietro Caro, que produjo el movimiento de Exeter, y que se correspondía secretamente con Isabel por medio de una cifra trazada en un bandolín; después, la traición de Tomás Wyatt, que sublevó alp. 160 condado de Kent; y por último, la rebelión del duque de Suffolk, que fué cogido en el hueco de un árbol después de la derrota de los suyos. Hoy tenemos un nuevo atentado: escuchad todos. Hoy, esta misma mañana, un hombre se ha presentado á mi audiencia, y después de algunas palabras ha levantado un puñal contra mí; pero he detenido su brazo á tiempo. Lord Chandos y el baile de Amont se han apoderado del hombre, y éste declara que lord Clanbrasil es quien le ha impelido al crimen.

Fabiani.—¡Yo! Eso no es verdad. ¡Oh! ¡qué cosa tan horrible! Ese hombre no existe, no se le encontrará. ¿Quién es? ¿Dónde se halla?

La Reina.—Está aquí.

Gilberto (*saliendo de entre los soldados que le ocultaban*).—Soy yo.

La Reina.—En vista de las declaraciones de ese hombre, Nos, María, reina de Inglaterra, acusamos ante la Cámara á ese hombre, Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, del delito de alta traición y conato de regicidio en nuestra persona imperial y sagrada.

Fabiani.—¡Regicida yo! ¡Esto es monstruoso! ¡Oh! mi cabeza se trastorna, mi vista se turba... ¿Quién me tiende este lazo? Quien quiera que seas, miserable, ¿osarás afirmar que es verdad cuanto ha dicho la reina?

Gilberto.—Sí.

Fabiani.—¿Yo te he impelido al regicidio?

Gilberto.—Sí.

Fabiani.—¡Maldición! ¡Señores, no podéis imaginar hasta qué punto eso es falso! ¡Desgraciado, quieres perderme, pero ignoras que tú te pierdes al mismo tiempo; el crimen de que me acusas recae sobre ti! Por tu causa moriré, pero tú perecerás también. ¡Insensato, con una sola palabra haces caer dos cabezas, la mía y la tuya!

Gilberto.—Ya lo sé.

p. 161 Fabiani.—Señores, ese hombre está pagado...

Gilberto.—Por vos: he aquí la bolsa de oro que me disteis para cometer el crimen; en ella están bordados vuestro blasón y vuestra cifra.

Fabiani.—¡Justo cielo!... Pero ¿dónde está el puñal con que ese hombre quería, según dicen, herir á la reina? ¿Dónde está?

Lord Chandos.—Hele aquí.

Gilberto (*á Fabiani*).—Es el vuestro; me le disteis para descargar el golpe; en vuestra casa encontrarán la vaina.

El lord Canciller.—Conde de Clanbrasil, ¿qué tenéis que contestar? ¿Reconocéis á ese hombre?

Fabiani.—No.

Gilberto.—Á decir verdad, sólo me ha visto de noche. Permitidme hablarle dos palabras al oído, señora, porque así le ayudaré á recordar. (*Se acerca á Fabiani y le habla en voz baja.*) Hoy no reconoces á nadie, milord, ni al hombre ultrajado ni á la mujer seducida. ¡Ah! la reina se venga, pero el hombre del pueblo también; tú me habías retado, según creo; mas hete aquí cogido entre las dos venganzas. ¿Qué te parece, conde?... Yo soy Gilberto el cincelador.

Fabiani.—¡Sí, te reconozco!... Señores, reconozco á este hombre, y una vez que se trata de él, nada tengo que añadir.

La Reina.—¡Confiesa!

El lord Canciller (*á Gilberto*).—Según la ley normanda y el estatuto veinticinco del rey Enrique VIII, en los casos de lesa Majestad la confesión no salva al cómplice. No olvidéis que se trata de un caso en que la reina no tiene derecho de perdonar, y que

moriréis en el cadalso lo mismo que aquel á quien acusáis. ¿Os ratificaréis en todo lo dicho?

Gilberto.—No ignoro que moriré; pero confirmo mis palabras.

p. 162 Juana (*aparte*).—¡Dios mío, si esto es un sueño, es bien horrible!

El lord Canciller (*á Gilberto*).—¿Consentís en reiterar vuestras declaraciones con la mano sobre el Evangelio?

(*Presenta el Evangelio á Gilberto, que pone la mano.*)

Gilberto.—Juro por el Evangelio que ese hombre es un asesino; que ese puñal, que es suyo, ha servido para el crimen; y que esta bolsa, cuya también, me fué entregada por él para cometerle. Esta es la verdad. ¡Que Dios me asista!

El lord Canciller (*á Fabiani*).—¿Qué tenéis que decir?

Fabiani.—Nada... ¡Estoy perdido!

Simón Renard (*en voz baja á la Reina*).—Vuestra Majestad ha enviado á buscar el verdugo; ahí está.

La Reina.—Bueno, que éntre.

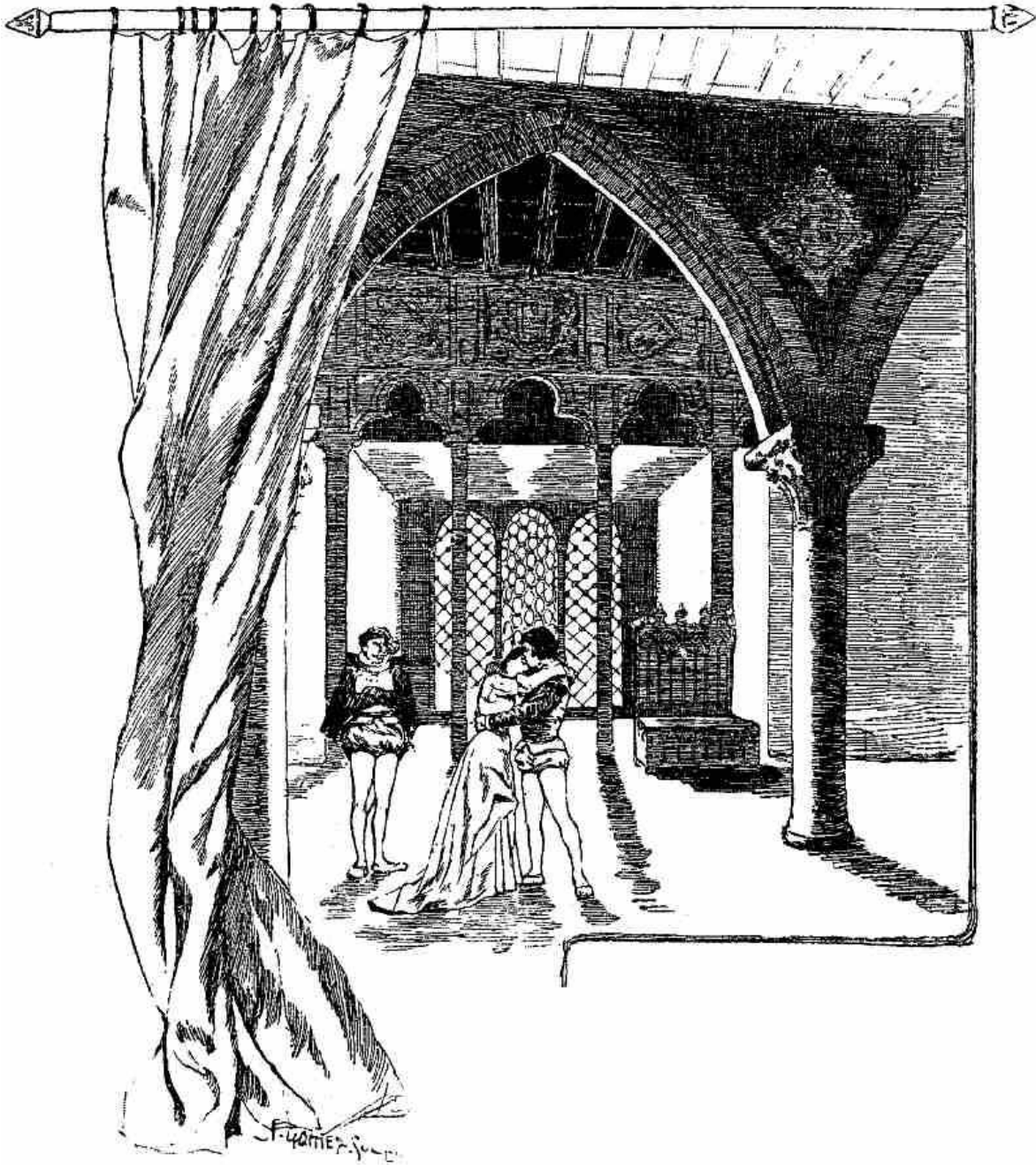
(*Los caballeros se desvían, y se ve aparecer al verdugo vestido de rojo y negro, llevando sobre el hombro una espada envainada.*)

ESCENA IX

Los mismos, EL VERDUGO

La Reina.—¡Duque de Somerset, esos dos hombres á la Torre! ¡Canciller Gardiner, comenzaréis á instruir el proceso mañana mismo ante los doce pares; y que Dios asista á la vieja Inglaterra! Entendemos que esos hombres serán juzgados ambos antes de nuestra marcha á Oxford, donde abriremos el Parlamento; poco después nos trasladaremos á Windsor para pasar la Pascua. (*Al verdugo.*) ¡Acércate! Me alegro de verte, porque eres un buen servidor, y ya viejo, que ha vistop. 163 tres reinados. Es costumbre que los soberanos de esta nación te hagan un regalo, el más rico que sea posible, el día de su advenimiento: mi padre, Enrique VIII, te dió el broche de diamantes de su manto; mi hermano, Eduardo VI, te regaló un anillo de oro cincelado; y ahora me toca á mí. Nada te he dado aún; quiero hacerte también un presente: acércate. (*Señalando á Fabiani.*) ¿Ves esa cabeza, esa hermosa cabeza, que aun esta mañana era lo que yo tenía por lo más bello y querido en el mundo? ¡Pues bien, esa cabeza que ves, yo te la doy!





JORNADA TERCERA

¿CUÁL DE LOS DOS?

PARTE PRIMERA

Sala del interior de la Torre de Londres; bóveda ojival sostenida por gruesos pilares; á derecha é izquierda las dos puertas bajas de dos calabozos; en un lado una claraboya que se figura situada sobre el Támesis, y en el opuesto otra que da á la calle; en ambos hay una puertecilla secreta en el muro. En el fondo, una galería con una especie de balcón cerrado por cristales, y que da á los patios exteriores de la Torre.

p. 166 PERSONAJES

- LA REINA.
- GILBERTO.
- JUANA.
- SIMÓN RENARD.
- JOSHUA FARNABY.
- MAESE ENEAS DULVERTON.
- LORD CLINTON.
- UN CARCELERO.

ESCENA I

GILBERTO, JOSHUA

Gilberto.—¿Qué hay?

Joshua.—¡Ay de mí!

Gilberto.—¿No hay esperanza?

Joshua.—¡Ninguna! (*Gilberto se acerca á la ventana.*) ¡Oh! no verás nada desde ahí.

Gilberto.—¿Te has informado bien?

Joshua.—Estoy seguro de ello.

Gilberto.—¿Es para Fabiani?

Joshua.—Sí.

Gilberto.—¡Qué feliz es ese hombre!

Joshua.—¡Pobre Gilberto! ya llegará tu vez; hoy él; mañana tú.

Gilberto.—¿Qué quieres decir? No nos entendemos. ¿De qué me hablas?

Joshua.—Del cadalso que levantan en este momento.

Gilberto.—Y yo te hablo de Juana.

Joshua.—¡De Juana!

Gilberto.—Sí, sólo de Juana, ¿qué me importa lo demás? ¿Has olvidado que desde hace más de un mes, con el rostro pegado á los barrotes de mi ventana, que da á la calle, la veo rondar de continuo, pálida y de luto, al pie de esta torrecilla que nos sirve de calabozop. 167 á Fabiani y á mí? ¿No recuerdas ya mis angustias, mis dudas y mis incertidumbres? ¿Por cuál de los dos viene ella? Me dirijo esta pregunta noche y día, y á ti también, Joshua; ayer noche me prometiste hacer lo posible por verla y hablarla. ¿Sabes algo? ¿Sabes si viene por mí ó por Fabiani?

Joshua.—He sabido que Fabiani debía ser decapitado hoy mismo, y mañana tú; y confieso que estoy como loco, amigo mío. El cadalso me ha hecho olvidar á Juana. Tu muerte...

Gilberto.—¡Mi muerte! ¿Qué entiendes tú por esta palabra? Mi muerte es que Juana no me ama ya; desde el día en que ya no fuí amado dejé de vivir; lo que ha sobrevivido en mí no vale ya la pena de que me lo quiten mañana. ¡Oh! tú no puedes imaginarte lo que es un hombre que ama. Si me hubieran dicho hace dos meses que Juana, esa Juana tan pura, mi amor, mi orgullo y mi tesoro, se entregaría á otro, y preguntado si la querría después, hubiera contestado que no, y que preferiría mil veces la muerte para los dos. ¡Pues bien! hoy sí la quisiera; Juana no es ya la mujer sin tacha á quien yo adoraba, y cuya frente apenas me atrevía á tocar con los labios; Juana se ha entregado á otro, á un miserable; ya lo sé; pero yo la amo siempre; besaría sus pies, y la pediría perdón si me quisiera. Aunque la encontrara en la calle con otras de mala nota, me la llevaría á casa para estrecharla contra mi corazón. Joshua, yo daría no cien años de vida, porque sólo me quedan algunas horas; pero sí la eternidad por ver sonreir una sola vez á Juana, una sola vez antes de mi muerte, y porque me dijera esa palabra que pronunciaba en otro tiempo: «¡Yo te amo!» Hete aquí, Joshua, lo que es el corazón de un hombre; no creas que se puede matar á la mujer que se adora; muy por el contrario, se acaba por arrodillarse á sus pies como un esclavo. Á ti te parece quep. 168 soy débil; pero ¿qué hubiera adelantado yo con matar á Juana? ¡Oh! si ella me amase aún, nada me importaría todo lo que ha hecho; pero ella ama á Fabiani, y por él viene aquí. ¡Quisiera morir pronto, Joshua!

Joshua.—Fabiani será ejecutado hoy.

Gilberto.—Y yo mañana.

Joshua.—Siempre está Dios al fin de todo.

Gilberto.—Hoy quedaré vengado de él; mañana quedará vengado de mí.

Joshua.—Hermano, ahí viene el segundo condestable de la Torre, maese Eneas Dulverton; es preciso entrar; esta noche te veré, amigo mío.

Gilberto.—¡Oh! ¡morir sin ser amado, ni llorado! ¡Juana... Juana... Juana...!

(Entra en su calabozo.)

Joshua.—¡Pobre Gilberto! ¡Dios mío! ¿quién hubiera dicho nunca que debía llegar semejante caso?

(Sale.—Entran Simón Renard y maese Eneas Dulverton.)

ESCENA II

SIMÓN RENARD, MAESE ENEAS DULVERTON

Simón Renard.—Es muy singular, como vos decís; pero ¿qué se le ha de hacer? La reina está loca y no sabe lo que quiere; no se puede confiar en nada, porque es una mujer. ¿Podrías decirme para qué viene aquí? ¡Vamos! el corazón de la mujer es un enigma, que el rey Francisco I descifró en los cristales de Chambord: «Voluble es la mujer, y loco el hombre que en ella fía.» Escuchad, maese Eneas, nosotros somos antiguos amigos, y por lo tanto os diré que es preciso que esto concluya hoy. De vos depende todo aquí; si os encargan... *(Le habla al oído.)* Alargad el asunto cuanto sea posible, para que el plan aborte después. p. 169 Sólo puedo disponer de dos horas, y esta noche se ha de hacer lo que yo quiero. Mañana no ha de haber favorito; y como soy poderoso aquí, al día siguiente seréis barón y oficial de la Torre. ¿Está entendido?

Maese Eneas.—Perfectamente.

Simón Renard.—Bien... alguien viene, y no quiero que nos vean juntos; salid por ahí; yo voy á recibir á la reina.

(Sepáranse.)

ESCENA III

UN CARCELERO entra con precaución y después introduce á JUANA

El Carcelero.—Habéis llegado al sitio que deseabais, señora; ahí tenéis las puertas de los dos calabozos; si lo tenéis á bien, dadme mi recompensa.

Juana *(se quita su brazalete de diamantes y lo entrega)*.—Ahí la tenéis.

El Carcelero.—Gracias; no me comprometáis.

(Sale.)

Juana (*sola*).—¡Dios mío! ¿cómo lo haré? Yo soy quien le ha perdido, y mi deber es salvarle; pero no lo conseguiré, porque nada puede hacer una mujer sola en semejante caso. ¡El cadalso, el cadalso... esto es horrible! ¡Vamos, menos lágrimas y más obras!... Pero ¿cómo he de hacerlo? ¡Compadeceos de mí, Dios mío! Alguien viene... ¿quién habla? Reconozco esa voz; es la de la reina... ¡Ah, todo se ha perdido!

(Se oculta detrás de un pilar.—Entran la reina y Simón Renard.)

p. 170 ESCENA IV

LA REINA, SIMÓN RENARD, JUANA, oculta

La Reina.—¡Ah! el cambio os extraña; no me parezco á mí misma. ¡Pues bien! ¿qué me importa? Ahora no quiero ya que muera.

Simón Renard.—Vuestra Majestad ordenó ayer, sin embargo, que la ejecución se efectuase hoy.

La Reina.—También ordené el domingo que se verificara el lunes, y hoy mando que se efectúe mañana.

Simón Renard.—En efecto, desde que la Cámara pronunció la sentencia, hace ya tres semanas, Vuestra Majestad aplaza la ejecución de un día para otro.

La Reina.—¡Pues bien! ¿no comprendéis lo que esto significa, caballero? ¿Será preciso decíroslo todo, y que una débil mujer os abra su corazón, porque la infeliz es reina, y vos representáis aquí al príncipe de España, mi futuro esposo? ¡Dios mío! vosotros no sabéis esto; en las mujeres, el corazón tiene su pudor como el cuerpo; y en fin, puesto que deseáis saberlo, aparentando no comprender nada, os diré que aplazo la ejecución de Fabiani porque todas las mañanas me falta la fuerza al pensar que la campana de la Torre de Londres anunciará la muerte de ese hombre. Desfallezco al reflexionar que se afila el hacha para Fabiani, y que se ha de abrir una tumba para ese hombre; porque soy débil, porque estoy loca y porque le amo... ¿Estáis ya satisfecho? ¿Me comprendéis ahora? ¡Oh! ya encontraré medio de vengarme algún día por lo que me hacéis decir ahora.

Simón Renard.—Sin embargo, ya es tiempo de acabarp. 171 con ese Fabiani; vais á uniros con mi señor el príncipe de España, señora.

La Reina.—Si el príncipe de España no está conforme, que me lo diga; ya buscaremos otro esposo, pues no faltan pretendientes. El hijo del rey de los romanos, el príncipe del Piamonte, el infante de Portugal, el rey de Dinamarca y lord Courtenay son tan buenos caballeros como él.

Simón Renard.—¡Lord Courtenay!

La Reina.—Un barón inglés es tan noble como un príncipe; y además, lord Courtenay descende de los emperadores de Oriente.

Simón Renard.—Fabiani se ha hecho aborrecer de todo Londres.

La Reina.—Excepto de mí.

Simón Renard.—Los menestrales piensan como los nobles. Si no se efectúa la ejecución hoy mismo, como lo ha prometido Vuestra Majestad...

La Reina.—¿Qué más?

Simón Renard.—Habrà un motín popular.

La Reina.—Tengo mis lansquenetes.

Simón Renard.—Habrà complot de nobles.

La Reina.—Tengo el verdugo.

Simón Renard.—Vuestra Majestad ha jurado por el devocionario de su madre que no concedería perdón.

La Reina.—He aquí una firma en blanco que me ha remitido, y en la cual juro por mi corona imperial que concederé la gracia pedida. La corona de mi padre vale tanto como el devocionario de mi madre; un juramento anula el otro; y además, ¿quién os dice que le perdonaré?

Simón Renard.—¡Os ha vendido traidoramente!

La Reina.—¿Qué me importa? Todos los hombres hacen otro tanto. Yo no quiero que muera. Escuchad, milord... quiero decir embajador... estoy tan perturbada, p. 172 que no sé ya á quién hablo. Ya sé todo lo que me vais á decir: que es un hombre vil, un cobarde, un miserable; lo reconozco, y me ruborizo de ello; pero le amo. ¿Qué queréis que haga? Tal vez amaré menos á un hombre honrado. Por otra parte, ¿quién sois vos que os dais tanta importancia? ¿Valéis más que él? Vais á decirme que es un favorito, y que á la nación inglesa no le agrada ninguno; pero ¿no sé yo acaso que trabajáis para derribarle y poner en su lugar al conde de Kildare, ese fatuo irlandés? Aunque

haga cortar veinte cabezas diarias, nada tenéis que ver con ello. Y no me habléis más del príncipe de España, pues poco caso hacéis de él. No quiero oír hablar tampoco del descontento del señor de Noailles, el embajador de Francia, porque es un necio, y se lo diré yo misma. Además, yo soy mujer, quiero y no quiero, y me falta algo... necesito la vida de ese hombre para vivir. ¡Vamos! no toméis ese aire de candor virginal y de buena fe, porque hartó conozco todas vuestras intrigas. Sabéis tan bien como yo que no ha cometido el crimen por que se le condena. Quedamos convenidos; no quiero que Fabiani muera: ¿soy yo el ama ó no? ¡Vaya, hablemos de otra cosa!

Simón Renard.—Me retiro, señora. Toda la nobleza os ha hablado por mi voz.

La Reina.—¡Qué me importa la nobleza!

Simón Renard (*aparte*).—Probemos con el pueblo.

(*Sale haciendo una profunda reverencia.*)

La Reina (*sola*).—Ha salido con un aire singular. Ese hombre es capaz de promover algún motín. Será preciso que vaya al Ayuntamiento... ¡Hola, aquí alguno!

(*Preséntanse maese Eneas y Joshua.*)

p. 173 ESCENA V

Los mismos menos SIMÓN RENARD; MAESE ENEAS, JOSHUA

La Reina.—¿Sois vos, maese Eneas? Es preciso que vos y ese hombre os encarguéis de facilitar la fuga del conde de Clanbrassil.

Maese Eneas.—Señora...

La Reina.—¡Vamos! no quiero fiarme de vos, pues recuerdo que sois uno de sus enemigos. ¡Dios mío! todos cuantos me rodean aborrecen al hombre que amo. Apostaría á que ese llavero, á quien no conozco, le aborrece también.

Joshua.—Es verdad, señora.

La Reina.—¡Dios mío! ese Simón Renard es más rey que yo reina. ¡Cómo! ¿no podré fiarme de nadie aquí? ¿no podré dar á persona alguna plenos poderes para que se encargue de la evasión de Fabiani?

Juana (*saliendo de su escondite*).—¡Sí, señora, á mí!

Joshua (*aparte*).—¡Juana!

La Reina.—¡Tú, eres tú, Juana Talbot! ¿Cómo es que te hallas aquí? ¡Ah! es igual; si vienes á salvar á Fabiani, gracias. Debería aborreceros, Juana, y estar celosa de vos, pues tengo mis razones para ello; pero no, os amo porque le amáis. Ante el cadalso no puede haber ya envidia ni celos, y sí sólo amor. Sois como yo; le perdonáis; ya lo veo; los hombres no comprenden eso; pero nosotras nos entenderemos. ¿No es cierto que ambas somos muy desgraciadas? Es preciso conseguir la evasión de Fabiani, y sólo puedo contar con vos; de modo que debo aceptar vuestros servicios, porque lo tomaréis con interés. Encargaos de todo. Vosotros dos, obedeced á Juana Talbot en todo cuantop. 174 os ordene, y advertid que me respondéis con vuestras cabezas de la ejecución de sus órdenes. ¡Abrázame, Juana!

Juana.—El Támesis baña el pie de la Torre por aquel lado, y he visto que hay una salida secreta. Si hubiese un barco allí, la evasión se efectuaría por el río; es lo más seguro.

Maese Eneas.—Es imposible conducir hasta ahí un barco en menos de una hora.

Juana.—Es mucho tiempo.

Maese Eneas.—Pronto pasará, y además, habrá cerrado la noche, que será favorable, si Su Majestad se empeña en que se lleve á cabo la evasión.

La Reina.—En efecto, tal vez sea más conveniente; queda convenido, pues, para dentro de una hora. Yo me retiro, Juana, y sólo os encargo que salvéis á Fabiani.

Juana.—Estad tranquila, señora.

(La reina sale, siguiéndola Juana con la vista.)

Joshua *(en el proscenio)*.—¡Gilberto tenía razón, todo es para Fabiani!

ESCENA VI

Los mismos, menos LA REINA

Juana *(á Maese Eneas)*.—Ya habéis oído cuál es la voluntad de la reina: una barca al pie de la Torre, las llaves de los pasadizos secretos, un sombrero y una capa.

Maese Eneas.—No es posible tener todo eso antes de la noche; dentro de una hora, señora.

Juana.—Está bien; retiraos y dejadme con este hombre.

(Maese Eneas sale; Juana le sigue con la vista.)

p. 175 Joshua (*aparte, en el proscenio*).—¡Ese hombre! Es muy sencillo; quien ha olvidado á Gilberto no reconoce á Joshua.

(*Se dirige hacia la puerta del calabozo de Fabiani, y prepárase á abrir.*)

Juana.—¿Qué hacéis ahí?

Joshua.—Me anticipo á vuestros deseos, señora; abro esta puerta.

Juana.—¿Quién está ahí?

Joshua.—Es la puerta del calabozo de milord Fabiani.

Juana.—¿Y esa?

Joshua.—Es la del calabozo de otro.

Juana.—¿De quién?

Joshua.—De otro condenado á muerte, de uno que sin duda no conocéis. Es un obrero llamado Gilberto.

Juana.—¡Abrid esa puerta!

Joshua (*después de abrir la puerta*).—¡Gilberto!

ESCENA VII

JUANA, GILBERTO, JOSHUA

Gilberto (*en el interior del calabozo*).—¿Qué me quieren? (*Aparece en el umbral, ve á Juana, y apóyase vacilante contra la pared.*) ¡Juana!... ¡Juana Talbot!

Juana (*de rodillas, sin levantar la vista*).—¡Gilberto, vengo á salvaros!

Gilberto.—¡Á salvarme!

Juana.—Escuchad: compadeceos de mí, y no me agobiéis con vuestras quejas, pues sé todo lo que vais á decirme. Es preciso que yo os salve; todo está preparado, y la evasión es segura; dejadme hacer á mí lo que permitiríais á otra; sólo os pido esto; después, sea yo desconocida para vos; ya no sabréis quién soy; no me perdonéis; pero dejadme salvaros.

p. 176 Gilberto.—¡Gracias! es inútil. ¿Para qué quiero salvar mi vida, Juana, si ya no me amáis?

Juana (*con alegría*).—¡Oh, Gilberto! ¿Os dignáis aún ocuparos de lo que siente el corazón de la pobre muchacha? ¿Es posible que el amor que pueda profesar á otro os

interese hasta el punto de pareceros que vale la pena informaros sobre él? Yo creía que ya os era igual, y que me despreciabais demasiado para cuidaros de mí. ¿Si supiérais, Gilberto, qué impresión me producen las palabras que acabáis de dirigirme? ¡Es un rayo de sol inesperado en una noche oscura! Escuchad: si yo me atreviese aún á acercarme á vos, á tocar vuestra ropa, á estrecharos la mano; si osase levantar la vista para miraros, como en otro tiempo, ¿sabéis lo que os diría, prosternada, llorando á vuestros pies, con sollozos en la boca y la alegría en el corazón? Os diría: ¡Gilberto, yo te amo!

Gilberto (*estrechándola entre sus brazos con arrebató*).—¡Tú me amas!

Juana.—¡Sí, te amo!

Gilberto.—¡Tú me amas! ¡Dios mío, será verdad! ¿Es ella la que me lo dice, es su boca la que habla?

Juana.—¡Gilberto mío!

Gilberto.—¿Dices que lo has preparado todo para mi evasión? ¡Pronto, pronto, la vida! ¡Quiero vivir, porque Juana me ama! Parece que esa bóveda se apoya en mi cabeza y me aplasta. ¡Necesito aire... aquí me muero; huyamos pronto, Juana! ¡Quiero vivir, porque soy amado!

Juana.—Aún no; es preciso tener un barco, y para ello se ha de esperar la noche; pero puedes estar tranquilo, porque te salvarás. Antes de una hora saldremos de aquí; la reina no volverá por lo pronto, y entre tanto yo soy quien manda. Más tarde te explicaré esto.

Gilberto.—¡Una hora de espera! ¡Qué larga me p. 177 parecerá! Ya ansío recobrar la vida y la dicha. ¡Juana, Juana, yo viviré y tú me amarás; reiré y cantaré; detenme para que no cometa alguna locura!

Juana.—¡Sí, te amo, Gilberto, y esto es tan verdad como si te lo dijera en mi lecho de muerte; jamás amé sino á ti, ni aun cuando te faltaba, pues entonces te quería en el fondo de mi corazón! ¡Apenas caída en brazos del demonio que me ha perdido, he llorado á mi ángel!

Gilberto.—¡Olvidar, perdonar! No hables de eso, Juana. ¡Oh! ¿qué me importa á mí el pasado, ni quién resiste á tu acento? ¡Sí, todo te lo perdono, niña adorada! Los celos y la desesperación han abrasado las lágrimas en mis ojos, pero te perdono y te doy gracias, porque para mí eres la única cosa que brilla en este mundo; cada una de tus palabras amortigua más mi dolor, y la alegría renace en mi alma. ¡Juana, levanta la cabeza y mírame!

Juana.—¡Siempre generoso, amado Gilberto!

Gilberto.—¡Oh! ya quisiera estar fuera, muy lejos de aquí, libre contigo. ¡Cuánto tarda en llegar la noche!... Juana, saldremos sin detenernos de Londres, y después, de Inglaterra: iremos á Venecia, porque los de mi oficio ganan allí mucho dinero... ¡Pero Dios mío, estoy loco... olvidaba el nombre que llevas! ¡Es demasiado noble, Juana!

Juana.—¿Qué quieres decir?

Gilberto.—Eres hija de lord Talbot.

Juana.—Conozco otro nombre más hermoso.

Gilberto.—¿Cuál?

Juana.—Esposa del obrero Gilberto.

Gilberto.—¡Juana!...

Juana.—¡Oh! no creas que yo te pido esto, porque sé muy bien que soy indigna de ti, y no me atreveré á levantar mi vista tan alta, ni abusaré del perdón hasta ese punto. El pobre cincelador Gilberto no se uniráp. 178 desventajosamente con la Condesa de Waterford; no, yo te seguiré y te amaré, sin abandonarte jamás; durante el día me echaré á tus pies, y por la noche á tu puerta; veré cómo trabajas, te ayudaré y te daré cuanto necesites. Quiero ser para ti, algo menos que una hermana y algo más que un perro fiel; y si te casas, Gilberto, pues Dios permitirá que acabes por encontrar una mujer pura y sin mancha, digna de ti, entonces, si ella es buena, y si quiere, seré la sirvienta de tu esposa; si no le place, iré á morir donde pueda. Sólo en este caso me separaré de ti. Si no te casas, permaneceré á tu lado, mostrándome siempre afable y resignada; y si se piensa mal porque viva contigo, nada me importa. Ya no tengo de qué ruborizarme; soy una pobre joven abandonada.

Gilberto (*cayendo á sus pies*).—¡Eres un ángel; eres mi esposa!

Juana.—¡Tu esposa! ¿Perdonas solo como Dios, purificando? ¡Ah! ¡bendito seas, Gilberto, por ceñirme con esa corona la frente!

(*Gilberto se levanta y la estrecha en sus brazos; mientras que se hallan en esta actitud, Joshua coge de la mano á Juana.*)

Joshua.—Es Joshua, señora Juana.

Gilberto.—¡Mi buen Joshua!

Joshua.—Antes no me habíais reconocido.

Juana.—¡Ah! es que debí haber comenzado por él.

(Joshua le besa la mano.)

Gilberto *(estrechándole en sus brazos)*.—¡Qué felicidad! ¿Puede ser cierta tanta dicha?

(Desde hace algunos instantes se oye fuera un ruido lejano, gritos confusos y tumulto: el día comienza á declinar.)

Joshua.—¿Qué ruido es ese?

(Se acerca á la ventana que da á la calle.)

Juana.—¡Dios mío! con tal que no suceda nada...

Joshua.—La multitud se agolpa en la calle; se venp. 179 picas y hachas; los pensionarios de la Reina están á caballo y en orden de batalla; todos vienen por aquí... ¡Qué gritos! ¡Ah diablo! diríase que es un motín popular.

Juana.—¡Con tal que no sea contra Gilberto!

Gritos lejanos.—¡Muera Fabiani!

Juana.—¿Oís?

Joshua.—Sí.

Juana.—¿Qué dicen?

Joshua.—No lo entiendo bien.

Juana.—¡Dios mío! ¿qué será?

(Entran precipitadamente por la puerta secreta maese Eneas y un barquero.)

ESCENA VIII

Los mismos, MAESE ENEAS, un barquero

Maese Eneas.—¡Milord Fabiani, no hay que perder un instante! Se ha sabido que la Reina quería salvaros, y el pueblo de Londres se ha sublevado contra vos; dentro de un cuarto de hora os habrían hecho pedazos. Salvaos, Milord; he aquí una capa y un sombrero; tomad las llaves; ese hombre conducirá la barca, y tened presente que á mí es á quien debéis todo esto. Daos prisa. *(En voz baja al barquero.)* No te apresures.

Juana.—*(Cubre la cabeza de Gilberto y le pone la capa.) (En voz baja á Joshua.)*
¡Cielos! con tal que ese hombre no reconozca...

Maese Eneas (*mirando á Gilberto con fijeza*).—¡Cómo! ¡ese no es lord Clanbrassil! No ejecutáis las órdenes de la Reina, señorita; facilitáis la fuga de otro.

Juana.—¡Todo se ha perdido!... ¡Debí preverlo! ¡Por Dios, amigo mío, tened compasión; ya sé que es verdad!...

p. 180Maese Eneas (*en voz baja á Juana*).—¡Silencio! Haced lo que deseáis; yo no he dicho nada ni visto nada.

(*Se retira al fondo del teatro con aire indiferente.*)

Juana.—¿Qué dice?... ¡Ah! la Providencia está por nosotros. ¡Todo el mundo quiere salvar á Gilberto!

Joshua.—No, señorita Juana, todo el mundo quiere perder á Fabiani.

(*Durante esta escena redoblan fuera los gritos.*)

Juana.—¡Apresurémonos, Gilberto! ¡Pronto, pronto!

Joshua.—Dejadle salir solo.

Juana.—¡Abandonarle!

Joshua.—Sólo por un instante: no debe ir una mujer en la barca si queréis que llegue á buen puerto, porque aún es de día y vais vestida de blanco. Una vez pasado el peligro, volveréis á veros. Venid conmigo por aquí, y dejadle salir por allá.

Juana.—Joshua tiene razón. ¿Dónde te encontraré, Gilberto?

Gilberto.—Debajo del primer arco del puente de Londres.

Juana.—¡Bien; véte pronto; el ruido redobla, y quisiera que ya estuvieses lejos!

Joshua.—He aquí las llaves: se han de abrir doce puertas antes de llegar á la orilla del agua; de modo que tardaréis un cuarto de hora largo.

Juana.—¡Un cuarto de hora! ¡Doce puertas! ¡Esto es horrible!

Gilberto (*abrazándola*).—Adiós, Juana; algunos instantes más de separación y nos uniremos para toda la vida.

Juana.—¡Por toda la eternidad! (*Al barquero.*) Buen hombre, os lo recomiendo.

Maese Eneas (*en voz baja al barquero*).—Por si ocurre un accidente, no te apresures.

(*Gilberto sale con el barquero.*)

Joshua.—¡Está salvado! Ahora, nosotros; es precisop. 181 cerrar ese calabozo. (*Cierra el calabozo de Gilberto.*) Ya está hecho. Venid pronto por aquí.

(*Sale con Juana por la otra puerta oculta.*)

Maese Eneas (*solo*).—Fabiani ha quedado en la ratonera. He ahí una jovencilla muy diestra, que maese Simón Renard hubiera pagado á peso de oro. Pero ¿cómo tomará esto la Reina? Con tal que no recaiga la culpa sobre mí...

(*Entran lentamente por la galería Simón Renard y la Reina. El tumulto exterior ha ido en aumento; la noche acaba de cerrar; óyense gritos de muerte, el rumor de las oleadas de la multitud, crugido de armas, detonaciones y pisadas de caballos. Varios caballeros, daga en mano, acompañan á la Reina; entre ellos va el Heraldo de Inglaterra Clarence, llevando el estandarte real, y el Heraldo de la Orden de la Jarretera con la banda de la misma.*)

ESCENA IX

LA REINA, SIMÓN RENARD, MAESE ENEAS, LORD CLINTON, los dos HERALDOS, Caballeros, pajes, etc.

La Reina (*en voz baja á Maese Eneas*).—¿Se ha evadido Fabiani?

Maese Eneas.—Aún no.

La Reina.—¡Aún no!

(*Le mira fijamente con expresión amenazadora.*)

Maese Eneas (*aparte*).—¡Diablo!

Gritos del pueblo (*fuera*).—¡Muera Fabiani!

Simón Renard.—Es preciso que Vuestra Majestad tome un partido al punto, pues el pueblo quiere la muerte de ese hombre, y en todo Londres reina la mayor efervescencia; la Torre está bloqueada; el motín es formidable, y varios nobles han sido arrastrados enp. 182 el puente. Los guardias de Vuestra Majestad se sostienen aún; mas no por eso habéis sido menos acosada de calle en calle, desde la casa Ayuntamiento hasta la Torre. Los partidarios de Isabel se han mezclado con el pueblo, y esto se comprende por la malignidad del motín. Lo veo todo muy oscuro. ¿Qué ordena Vuestra Majestad?

Gritos del pueblo.—¡Fabiani! ¡Muera Fabiani!

(*Van en aumento y acércanse cada vez más.*)

La Reina.—¡Muera Fabiani! Señores, ¿oís ese pueblo que grita? Es preciso darle un hombre; el populacho quiere comer.

Simón Renard.—¿Qué ordena Vuestra Majestad?

La Reina.—Señores, paréceme que todos tembláis alrededor de mí. ¡Por el cielo! ¿será necesario que una mujer os enseñe á ser caballeros? ¡Á caballo, señores, á caballo! ¿Os intimida la canalla por ventura? ¿Temerán las espadas á los palos?

Simón Renard.—No permitáis que las cosas vayan más lejos, señora; ceded mientras sea tiempo; ahora podéis decir «la canalla»; de aquí á una hora diréis «el pueblo».

(Los gritos redoblan; el ruido se acerca.)

La Reina.—¡Dentro de una hora!

Simón Renard *(se dirige á la galería y vuelve)*.—Dentro de un cuarto de hora, señora. Han forzado ya el primer recinto de la Torre; un paso más y el pueblo estará dentro.

El pueblo.—¡Á la Torre, á la Torre! ¡Muera Fabiani, muera Fabiani!

La Reina.—¡Qué verdad es que el pueblo es una cosa horrible! ¡Fabiani!

Simón Renard.—¿Queréis ver cómo le despedazan á vuestra vista en pocos momentos?

La Reina.—¡Verdaderamente es una infamia que ninguno de vosotros se mueva, señores! Pero ¡en nombre del cielo, defendedme!

p. 183 Lord Clinton.—Á vos sí, señora; á Fabiani, no.

La Reina.—¡Dios mío, será forzoso confesarlo; pero no importa, tanto peor! Fabiano es inocente, Fabiano no ha cometido el crimen por el cual se le condena. Yo y el cincelador Gilberto lo hemos inventado y combinado. ¡Todo es pura comedia! ¿Osaríais desmentirme, señor embajador? ¿Y no le defenderéis ahora, señores, puesto que os digo que es inocente? ¡Por mi Dios, por mi corona y por el alma de mi madre, juro que es inocente del crimen de que se le acusa! ¡Defendedle, mi bravo Clinton; exterminad á estos como lo hicisteis con Tomás Wyat! Os juro que es falso que Fabiani haya querido asesinar á la reina.

Lord Clinton.—Á otra reina ha querido asesinar, que es la Inglaterra.

(Los gritos continúan fuera.)

La Reina.—¡El balcón, abrid el balcón! ¡Quiero probar yo misma al pueblo que no es culpable!

Simón Renard.—¡Probad al pueblo que no es italiano!

La Reina.—¡Cuando pienso que un Simón Renard, una hechura del cardenal de Gravelle, es quien osa hablarme así! ¡Pues bien, abrid esa puerta, abrid el calabozo; Fabiano está ahí y quiero verle, quiero hablarle!

Simón Renard.—¿Qué hacéis? Por su propio interés sería inútil dar á conocer á todo el mundo dónde se halla.

El pueblo.—¡Muera Fabiani! ¡Viva Isabel!

Simón Renard.—¿Oís lo que gritan?

La Reina.—¡Dios mío, Dios mío!

Simón Renard.—Elegid, señora: (*Señala con una mano la puerta del calabozo.*) Ó esa cabeza al pueblo, (*Señala con la otra mano la corona de la reina.*) ó esa corona á la princesa Isabel.

El pueblo.—¡Muera Fabiani! ¡Viva Isabel!

(*Una piedra rompe un vidrio junto á la Reina.*)

p. 184 Simón Renard.—Vuestra Majestad se pierde sin salvarle; ya han forzado el segundo patio. ¿Qué dispone la reina?

La Reina.—Todos sois unos cobardes, y Clinton el primero. ¡Ah, Clinton, ya me acordaré de esto, amigo mío!

Simón Renard.—¿Qué dispone la reina?

La Reina.—¡Oh, verme abandonada así, haberlo confesado todo y no poder conseguir nada! ¿Qué son, y para qué sirven esos caballeros? El pueblo es infame; yo quisiera hollarle bajo mis pies. ¿Hay, pues, casos en que la reina no es sino una mujer? ¡Todas me las pagaréis juntas, señores!

Simón Renard.—¿Qué dispone la reina?

La Reina (*agobiada*).—Lo que vos queráis; haced lo que os plazca. ¡Sois un asesino! (*Aparte.*) ¡Oh Fabiani!

Simón Renard.—¡Heraldos, á mí! Maese Eneas, abrid el balcón grande de la galería.

(*El balcón del fondo se abre; Simón Renard se asoma, con un heraldo á la izquierda y otro á la derecha; se oye inmenso rumor.*)

El pueblo.—¡Fabiani, Fabiani!

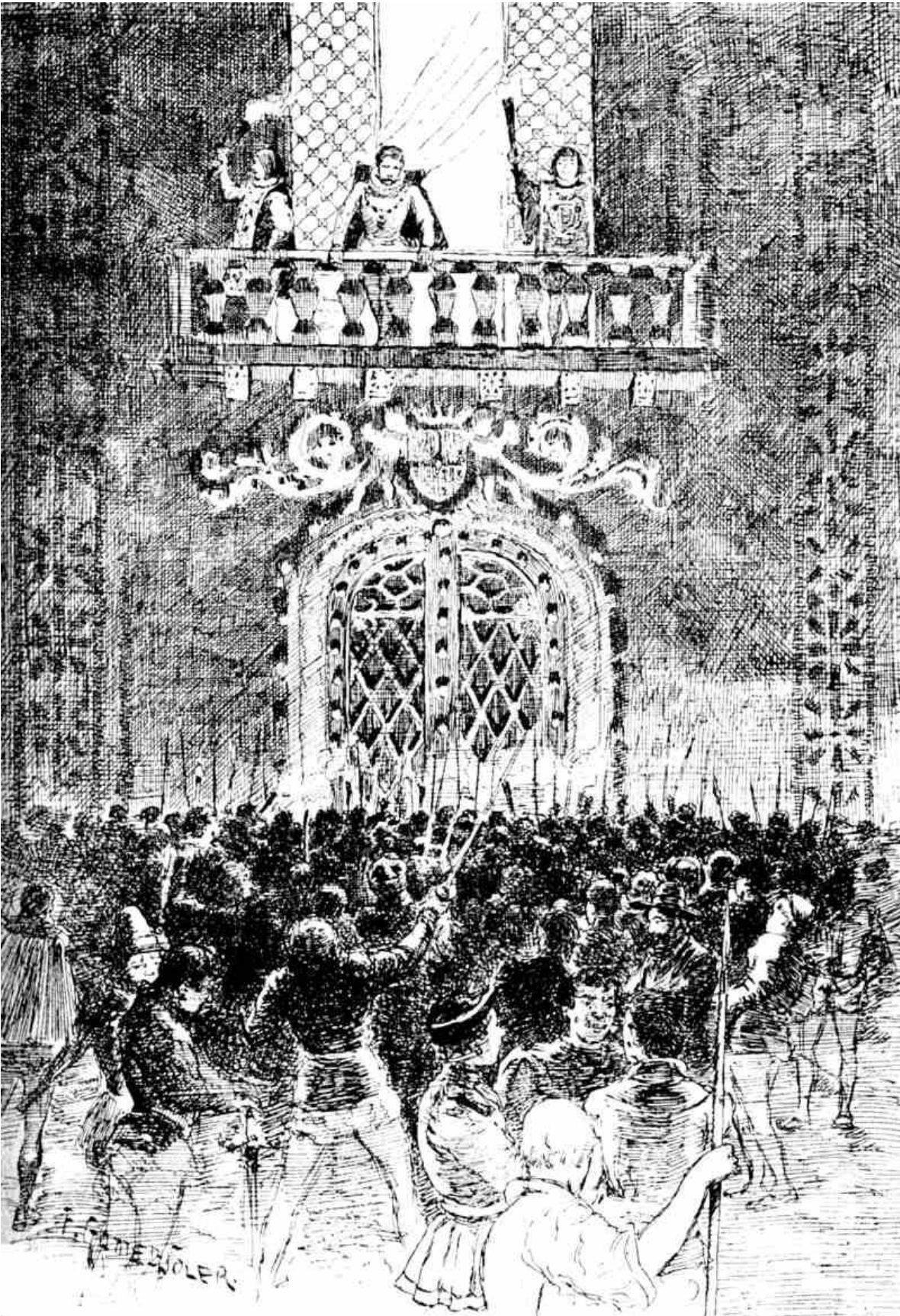
Simón Renard (*en el balcón, de cara al pueblo*).—¡En nombre de la Reina!

Los heraldos.—¡En nombre de la Reina!

(*Profundo silencio fuera.*)

Simón Renard.—¡Plebeyos, escuchad la voluntad de la Reina! Hoy, esta misma noche, una hora después de la queda, Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, cubierto con un velo negro desde la cabeza á los pies, amordazado con mordaza de hierro, con un hacha de cera amarilla de tres libras de peso en la mano, será conducido desde la Torre de Londres, por Charing-Cross, al Mercado Viejo de la Cité, para ser decapitado públicamente, en castigo de sus crímenes de altap. 187 traición, y por su conato de regicidio en la sagrada persona de Su Majestad.

(*Óyense fuera ruidosos aplausos.*)



Simón Renard.—*¡Plebeyos, escuchad la voluntad de la Reina!*

El pueblo.—*¡Viva la Reina! ¡Muera Fabiani!*

Simón Renard (*continuando*).—Y para que nadie lo ignore en esta ciudad, oíd lo que la Reina ordena: durante todo el trayecto que el condenado debe recorrer desde la Torre de Londres al lugar de la ejecución, se hará tocar la gran campana de la Torre, disparándose tres cañonazos, el primero cuando el reo suba al cadalso, el segundo cuando se arrodille sobre el paño negro, y el tercero cuando caiga su cabeza.

(*Aplausos.*)

El pueblo.—*¡Luces, luces!*

Simón Renard.—Esta noche, la Torre y la Cité de Londres se iluminarán con hogueras y hachas en señal de regocijo. He dicho. (*Aplausos.*) *¡Dios guarde la antigua Carta de Inglaterra!*

Los dos heraldos.—*¡Dios guarde la antigua Carta de Inglaterra!*

El pueblo.—*¡Muera Fabiani! ¡Viva María! ¡Viva la Reina!*

(*Ciérrase el balcón; Simón Renard se acerca á la Reina.*)

Simón Renard.—Jamás me perdonará la princesa Isabel lo que acabo de hacer ahora.

La Reina.—*¡Ni tampoco la reina María!... ¡Dejadme ahora, caballero!*

(*Despide con un ademán á todos los presentes.*)

Simón Renard (*en voz baja á Maese Eneas*).—Cuidaos de la ejecución.

Maese Eneas.—Confiad en mí.

(*Simón Renard sale; en el momento en que maese Eneas se dispone á seguirle, la Reina corre hacia él, cógele por un brazo y le conduce vivamente al proscenio.*)

p. 188

LA REINA, MAESE ENEAS

Gritos fuera.—*¡Muera Fabiani!*

La Reina.—*¿Cuál de las dos cabezas crees tú que vale más en este momento, la de Fabiani ó la tuya?*

Maese Eneas.—*Señora...*

La Reina.—*¡Eres un traidor!*

Maese Eneas.—Señora... (*aparte*).—¡Diablo!

La Reina.—Pocas explicaciones. Juro por mi madre que si Fabiano muere, tú morirás también.

Maese Eneas.—Pero, señora...

La Reina.—Salva á Fabiano y te salvarás; de lo contrario, has de morir.

Gritos.—¡Muera Fabiani!

Maese Eneas.—¡Salvar á lord Clanbrassil! El pueblo está ahí... es imposible. ¿Por qué medio?...

La Reina.—Busca.

Maese Eneas.—¿Cómo hacerlo, Dios mío?

La Reina.—Como si fuera para ti.

Maese Eneas.—Pero, ved que el pueblo permanecerá armado hasta después de la ejecución; para apaciguarle es preciso decapitar á uno ú otro.

La Reina.—Á quien tú quieras.

Maese Eneas.—¿Á quien yo quiera? Esperad, señora... La ejecución se efectuará de noche, á la luz de las hachas, y el reo irá cubierto con un velo negro y amordazado; el pueblo debe mantenerse á cierta distancia, según costumbre, y basta que vea caer una cabeza. La cosa es posible... Con tal que el barquero esté todavía ahí... ya le dije que no se apresurase. (*Se dirige á la ventana que da al Támesis.*) ¡Aún está ahí; pero ya erap. 189 tiempo! (*Se inclina hacia fuera, con un hacha en la mano, agitando su pañuelo, y después se dirige á la reina.*) Está bien; os respondo de milord Fabiani, señora.

La Reina.—¿Por tu cabeza?

Maese Eneas.—Por mi cabeza.



F. JAMES JONES



PARTE SEGUNDA

Una especie de sala, en la cual desembocan dos escaleras, una para subir y otra para bajar; la entrada de cada una ocupa parte del fondo del escenario; la primera se pierde en los frisos y la segunda en el foso: no se ve de dónde parten ni á dónde conducen.

La sala está tendida de negro de una manera particular: la pared de la derecha, la de la izquierda y el techo, revestidos con un paño negro cortado por una cruz blanca; el que da frente al espectador es blanco con cruz negra; y uno y otro se prolongan hasta perderse de vista en las dos escaleras. Á derecha é izquierda hay un altar tendido de negro y blanco, como para unos funerales: grandes cirios, sin ningún sacerdote; de las bóvedas penden algunas lámparas funerarias, que alumbran débilmente la sala y las escaleras; lo que las ilumina enp. 191 realidad es el paño blanco del fondo, á través del cual se distingue un resplandor rojizo, cual si hubiese detrás una inmensa hoguera. Las baldosas de la sala son tumulares. Al levantarse el telón se ve dibujarse en negro sobre el paño transparente la sombra inmóvil de la Reina.

ESCENA I

JUANA y JOSHUA entran con precaución, levantando una de las colgaduras negras, por una puertecilla disimulada

Juana.—¿Dónde estamos, Joshua?

Joshua.—En el descanso de la escalera por donde bajan los condenados que van al suplicio.

Juana.—¿No hay medio de escapar de la Torre?

Joshua.—El pueblo guarda todas las salidas; quiere estar seguro esta vez de que no se le escapará su condenado, y nadie podrá franquear las puertas antes de la ejecución.

Juana.—La arenga que se ha pronunciado desde ese balcón resuena aún en mis oídos. Todo esto es horrible, Joshua.

Joshua.—¡Otras muchas escenas he visto como ésta!

Juana.—¡Con tal que Gilberto haya conseguido evadirse! ¿Le crees salvado, Joshua?

Joshua.—Estoy seguro de ello.

Juana.—¿Bien seguro?

Joshua.—La Torre no estaba guardada por la parte del río, y además, cuando debió salir, el motín no era lo que fué después. ¿Sabéis que es imponente?

Juana.—¿Estáis seguro de que se habrá salvado?

Joshua.—Ahora os espera seguramente en el primer arco del puente de Londres, donde os reuniréis con él á media noche.

Juana.—¡Dios mío! ¡qué inquieto estará! (*Divisandop. 192 la sombra de la Reina.*)
¡Cielos! ¿Qué es eso, Joshua?

Joshua (*en voz baja, cogiéndole la mano*).—¡Silencio!... Es la leona que acecha.

(*Mientras que Juana contempla aquella silueta negra con terror, óyese una voz lejana que parece proceder de arriba, y la cual pronuncia distintamente estas palabras:*)

Voz.—El que me sigue, cubierto con un velo negro, es el muy alto y poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, barón de Dinasmondly, barón de Darmouth en Devonshire, que será decapitado en el mercado de Londres por crimen de regicidio y de alta traición. ¡Dios tenga misericordia de su alma!

Otra voz.—¡Rogad por él!

Juana (*temblando*).—¡Joshua! ¿Oís?

Joshua.—Sí; yo oigo esas cosas todos los días.

(*En lo alto de la escalera aparece un cortejo fúnebre que se desarrolla lentamente á medida que baja. Á la cabeza va un hombre vestido de negro, que lleva una bandera blanca con cruz negra; sigue maese Eneas Dulverton, revestido de manto negro, con su bastón de condestable en la mano; un grupo de soldados con partesanas y traje rojo, y el verdugo con su hacha al hombro y el filo vuelto hacia el que va detrás, que es un hombre cubierto completamente con un gran velo negro, cuyas puntas se arrastran bajo sus pies. De este hombre no se ve sino un brazo que pasa por una abertura del velo, empuñando la mano un blandón de cera amarilla. Á su lado va un sacerdote, y detrás otro grupo de soldados con partesanas, un hombre vestido de blanco, que lleva bandera negra con cruz blanca; y á derecha é izquierda dos filas de alabarderos, alumbrando con hachas.*)

Juana.—¡Joshua! ¿No veis?

Joshua.—Todos los días veo esas cosas.

(*En el momento de desembocar en el escenario, el cortejo se detiene.*)



Juana.—¡Joshua! ¿No veis?

Maese Eneas.—El que va detrás de mí, cubierto conp. 195 un velo negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clanbrassil, barón de Dinasmonddy, barón de Darmouth, en Devonshire, que será decapitado en el mercado de Londres, por crimen de regicidio y alta traición. ¡Dios tenga misericordia de su alma!

Los dos heraldos.—¡Rogad por él!

(El cortejo cruza lentamente por el fondo del teatro.)

Juana.—Lo que vemos es una cosa terrible. Joshua, esto me hiela la sangre.

Joshua.—¡Ese miserable Fabiani!

Juana.—¡Paz, Joshua! Bien miserable, pero muy desgraciado.

(El cortejo llega á la otra escalera. Simón Renard, que desde hace algunos instantes se ha presentado en la entrada de aquella, observándolo todo, se aparta para dejar el paso libre; el cortejo penetra bajo la bóveda de la escalera, donde desaparece poco á poco. Juana le sigue con la vista, poseída de terror.)

Simón Renard *(después de haber desaparecido el cortejo)*.—¿Qué significa eso? ¿Es ese Fabiani? Yo le creía más bajo. ¿Será que maese Eneas?... Parece que la Reina ha hablado con él un momento... Veamos lo que hay.

(Desaparece en la escalera en pos del cortejo.)

Joshua.—La campana grande anunciará muy pronto su salida de la Torre, y entonces será tal vez posible que escapéis; voy á buscar los medios; esperadme hasta que vuelva.

Juana.—¿Me dejáis sola, Joshua? ¡Dios mío, yo tengo miedo!

Joshua.—No podríais recorrer toda la Torre conmigo sin riesgo, y es preciso que salgáis de ella. Pensad que Gilberto os espera.

Juana.—¡Gilberto, todo por Gilberto! ¡Id! *(Joshua sale.)* ¡Oh! ¡qué espectáculo tan espantoso! ¡Cuando pienso que lo mismo habría sido para Gilberto! *(Sep. 196 arrodilla al pie de uno de los altares.)* ¡Oh! ¡gracias; sois el Dios salvador! *(El paño del fondo se entreabre, apareciendo la Reina, que avanza lentamente hasta el proscenio, sin ver á Juana.)* ¡Dios mío, la Reina!

ESCENA II

JUANA, LA REINA

(Juana se oprime contra el altar, y fija en la Reina una mirada de estupor y de espanto.)

La Reina *(permanece algunos instantes silenciosa en el proscenio, con la mirada fija, pálido el rostro, y como absorta en sombría meditación; al fin deja escapar un profundo suspiro).*—¡Oh, el pueblo! *(Pasea á su alrededor una inquieta mirada y ve á Juana.)* ¿Quién está ahí? ¡Ah, eres tú, Juana! Te inspiro pavor sin duda... pero no temas nada. Ya sabrás que maese Eneas nos ha hecho traición. Te digo, niña, que no has de temer nada de mí, pues lo que te perdía hace un mes te salva hoy. Tú amas á Fabiano. Entre todas las mujeres, sólo nosotras dos tenemos el corazón así; ambas le amamos; somos hermanas.

Juana.—Señora...

La Reina.—Sí, tú y yo, dos mujeres solas tiene á su favor; todo lo demás se declara en contra suya; la ciudad entera, un pueblo en masa, todo el mundo. ¡Lucha desigual del amor contra el odio! Fabiano está triste, espantado, aturdido; tiene tu frente pálida, y mis ojos llenos de lágrimas; ocúltase junto á un altar fúnebre, y ora por tu boca, mientras que maldice por la mía. El odio contra Fabiani triunfa; armado y victorioso, manifiéstase por la corte, por el pueblo, por esas turbas de hombres que llenan las calles, profiriendo gritos de muerte y de alegría: soberbio y todopoderoso, p. 197 ese odio ilumina toda una ciudad alrededor de un cadalso. ¡El amor está aquí, representado por dos mujeres vestidas de luto en una tumba; el odio está allí! *(Separa violentamente el paño blanco del fondo, que al desviarse deja ver un balcón, por el cual se divisa, en una noche oscura, toda la ciudad de Londres espléndidamente iluminada, como también lo está lo que se ve de la Torre. Juana fija una mirada de asombro en aquel espectáculo deslumbrador, cuya reverberación ilumina el escenario.)* ¡Oh ciudad infame, rebelde y maldita; ciudad monstruosa que empapa su traje de fiesta en la sangre, y que alumbra con sus hachones al verdugo! Eso te infunde pavor ¿no es verdad, Juana? ¿No te parece, como á mí, que esa multitud se burla cobardemente de nosotras, y que nos mira con sus cien mil ojos de fuego, á nosotras, débiles mujeres abandonadas, perdidas y solas en este sepulcro? ¿No la oyes, Juana, reirse y gritar? ¡Oh, daría la Inglaterra á quien pudiese destruir á Londres! ¡Cuánto daría por trocar esas luces en llamas, y esa ciudad iluminada en un mar de fuego!

(Se oye fuera inmenso rumor, seguido de aplausos y gritos confusos que dicen: ¡Ya viene, ya viene; muera Fabiani!—La gran campana de la Torre de Londres produce fúnebres tañidos. Al oír este rumor, la Reina profiere una carcajada terrible.)

Juana.—¡Gran Dios, ya sale ese infeliz!... ¿Os reís, señora?

La Reina.—Sí, me río; y tú vas á reírte también; pero antes será preciso bajar ese tapiz, pues siempre me parece que no estamos solas, y que esa espantosa ciudad nos ve y nos oye. (*Corre la cortina blanca y vuelve.*) Ahora que ya ha salido, y que no hay peligro alguno, puedo decírtelo todo; pero riámonos las dos de ese execrable pueblo que bebe sangre. ¡Oh! ¡es delicioso, Juana! Tú tiembles por Fabiani, pero puedes reírte conmigo y estar tranquila. El hombre quep. 198 se llevan, el hombre que morirá, el que toman por Fabiano, no es él.

(*Se ríe.*)

Juana.—¡Que no es Fabiano!

La Reina.—¡No!

Juana.—¿Pues quién es?

La Reina.—Es el otro.

Juana.—¿Qué otro?

La Reina.—Ya le conoces, es aquel obrero, aquel hombre... Pero ¿qué importa?

Juana (*temblando*).—¿Gilberto?

La Reina.—Sí; ese es su nombre.

Juana.—¡Señora, oh, no puede ser! ¡Decidme que no es cierto! ¡Esto sería demasiado horrible! Gilberto huyó.

La Reina.—Sí, huía cuando le cogieron, y le han puesto en lugar de Fabiano, bajo el velo negro; es una ejecución nocturna y el pueblo no verá nada; no tengas cuidado.

Juana (*profiriendo un grito espantoso*).—¡Ah, señora, aquel que yo amo es Gilberto!

La Reina.—¿Qué dices? ¿has perdido la razón? ¿Me engañabas tú también? ¡Ah! ¿Conque es á Gilberto á quien tú amas? ¡Pues bien, qué me importa!

Juana.—(*Desfallecida, á los pies de la Reina, solloza y se arrastra de rodillas, con las manos en actitud de súplica. La gran campana no ha dejado de tocar durante esta escena.*) ¡Señora, por compasión... en nombre del cielo! ¡Por vuestra corona, por vuestra madre y por los ángeles! ¡Gilberto, Gilberto, salvadle, señora, porque ese hombre es mi vida, es mi esposo; y todo se lo debo á él desde la cuna! Señora; bien veis, sólo soy una pobre infeliz, y que no debéis mostrarnos severa conmigo. Lo que acabáis de decirme es para mí un golpe tan terrible, que apenas sé cómo me queda

fuerza para hablar. Es preciso que mandéis suspender la ejecución al punto, aplazándola hasta mañana, el tiempo necesario. 199 para que se reconozca el error. Ese pueblo podrá esperar hasta mañana, y después veremos lo que se ha de hacer. No, no mováis la cabeza; no hay peligro para vuestro Fabiano; yo me pondré en su lugar. Oculta por el velo negro, nadie lo echará de ver por la noche; pero salvad á Gilberto. ¿Qué os importa que sea yo ó él, tanto más cuanto que deseo morir?... ¡Oh Dios mío!... ¡esa campana, esa espantosa campana... cada uno de sus tañidos es un paso más hacia el cadalso, y parece que me hieren el corazón! Haced lo que os pido, señora, pues no hay peligro alguno para vuestro Fabiani. Yo os amo, señora, aunque no os lo había dicho, porque sois una gran reina; ved cómo beso vuestras hermosas manos. ¡Oh! dadme la orden para suspender la ejecución, pues aún es tiempo, porque van muy despacio y hay mucho camino desde la Torre al Mercado Viejo. El hombre del balcón me dijo que pasarían por Charing-Cross, y como hay un camino más corto, un mensajero llegaría á tiempo. ¡En nombre del cielo, señora, compadeceos! Suponed que yo soy la reina y vos la pobre joven; lloraríais como yo, y yo perdonaría. ¡Hacedlo, señora! He temido que las lágrimas no me permitirían hablar. Suspended la ejecución, señora, que en eso no hay inconveniente, ni peligro para Fabiani. ¿No os parece, señora, que se debe hacer lo que yo digo?

La Reina (*enternecida y levantando á Juana*).—Bien lo quisiera, infeliz, porque tú lloras, como yo lloraba, y sientes lo que yo sentía; mis angustias me hacen compadecer las tuyas. ¡Mira, también yo lloro! Es una desgracia, pobre niña, pues me parece que hubieran podido tomar otro para víctima, como por ejemplo Tyrconnel; pero es demasiado conocido; se necesitaba un hombre oscuro, y no teníamos más que ese á mano. Te explico esto para que comprendas bien. ¡Dios mío, verdaderamente hay fatalidades que no se pueden evitar!

p. 200 Juana.—Os escucho, señora; yo también tendría muchas cosas que deciros; pero antes quisiera la orden de suspender la ejecución, para que el mensajero la llevase. Hecho esto, podríamos hablar mejor. ¡Oh, esa campana, siempre esa campana!

La Reina.—Lo que tú quieres no es posible, Juana.

Juana.—Sí, es posible. Un mensajero montado puede llegar á tiempo por el muelle, y sino, iré yo. Esto es posible y fácil; ya veis que os hablo con dulzura.

La Reina.—Pero el pueblo rehusaría, y volviendo á la Torre, destruiría cuanto encontrase, dando muerte á Fabiano, que aún se halla aquí. Tú tiembles, pobre niña, y yo también; á tu vez, ponte en mi lugar, y comprende que no puedo hacer más de lo que hago. ¡No pienses más en Gilberto, Juana, resígnate! ¡Todo ha concluído!

Juana.—¡No, mientras esa campana resuene, no habrá concluído! ¡Resignarme á la muerte de Gilberto! ¿Creéis que le dejaré morir así? ¡Ah! ya veo que no me escucháis. ¡Pues bien, si la Reina no me escucha, el pueblo me atenderá! El patio está ocupado todavía por una parte de él, y aunque después me cueste la vida, voy á gritar que se le engaña, y que aquel á quien conducen al patíbulo no es Fabiani, sino un obrero.

La Reina.—¡Detente, miserable! (*La coge de un brazo y mírala fijamente con aire amenazador.*) ¡Ah, conque lo tomas así! ¡Soy buena, lloro contigo y te vuelves loca furiosa! ¡Ah! mi amor es tan grande como el tuyo, y mi mano más fuerte. No te moverás. ¿Qué me importa á mí tu amante? ¿Será cosa de que todas las jóvenes de Inglaterra vengan á pedirme cuenta de los suyos? Yo salvo al mío como puedo, y á costa de cualquiera. ¡Cuidad de los vuestros!

Juana.—¡Dejadme!... ¡Yo os maldigo, mujer indigna!

p. 201 La Reina.—¡Silencio!

Juana.—No, no callaré. ¡Ah! me ocurre ahora la idea de que no es Gilberto quien va á morir.

La Reina.—¿Qué dices?

Juana.—No lo sé; pero le he visto pasar con el velo negro, y paréceme que si hubiera sido Gilberto habría sentido algo en el corazón; creo que este me hubiera gritado: ¡ese es Gilberto! pero no ha sido así.

La Reina.—¡Dios mío! eso que dices no deja de ser un absurdo, y sin embargo, me espanta, porque has despertado una de las más secretas inquietudes de mi corazón. Ese motín me ha impedido vigilarlo todo por mí misma. ¿Por qué habré confiado á otros la salvación de Fabiano? Maese Eneas es un traidor, y tal vez andaba allí cerca Simón Renard. ¡Dios quiera que no me hayan hecho una segunda traición los enemigos de Fabiano! ¡Venga aquí alguno, pronto! (*Preséntanse dos carceleros.*) (*Al primero.*) ¡Corred, y decid que se suspenda la ejecución: he aquí mi anillo real! Se ha de ir al Mercado Viejo... ¿No dices que hay un camino más corto, Juana?

Juana.—Por el muelle.

La Reina (*al carcelero*).—Por el muelle. ¡Toma un caballo, y á escape! (*El carcelero sale.*) (*Al segundo carcelero.*) Corred á la torre de Eduardo el Confesor; allí hay dos calabozos de los condenados á muerte, y en uno de ellos, un hombre. Conducidle aquí al punto. (*Sale el carcelero.*) ¡Ah, tiemblo de pies á cabeza, y no tendría fuerza para ir yo misma! ¡Ah! ¡miserable mujer, me haces tan desgraciada como tú, y te maldigo á mi vez! ¡Dios mío! ¿tendrá el hombre tiempo de llegar? ¡Qué ansiedad tan

horrible! Ya no veo nada; todo se perturba en mi espíritu... ¿Por quién tocará esa campana? ¿Será por Gilberto ó por Fabiani?

Juana.—La campana ha dejado de tocar.

La Reina.—Porque el cortejo estará en el sitio de lap. 202 ejecución; el hombre no habrá tenido tiempo de llegar.

(Óyese un cañonazo lejano.)

Juana.—¡Cielos!

La Reina.—Ahora sube al patíbulo. *(Segundo cañonazo.)* Se arrodilla.

Juana.—¡Esto es horrible!

(Tercer cañonazo.)

Las dos.—¡Ah!...

La Reina.—¡Ya no hay más que uno vivo! Dentro de un instante sabremos cuál. ¡Dios mío, permitid que sea Fabiano el que vuelva!

Juana.—¡Dios mío, haced que sea Gilberto! *(Se corre la cortina del fondo, y Simón Renard aparece, conduciendo á Gilberto de la mano.)* ¡Gilberto!

(Se precipita en sus brazos.)

La Reina.—¿Y Fabiano?

Simón Renard.—Muerto.

La Reina.—¡Muerto! ¿Quién ha osado?...

Simón Renard.—Yo; he salvado á la reina y á Inglaterra.



p. 203

La Esmeralda

Libreto de ópera en 4 actos con un prefacio del autor

p. 205



Prefacio



or si acaso alguno recordase una novela al escuchar una ópera, el autor cree de su deber anunciar al público que para introducir en la perspectiva particular de una escena lírica alguna cosa del drama que sirve de base al libro titulado *Nuestra Señora de París*, ha sido necesario modificar diversamente tan pronto la acción como los caracteres. El de Febo de Châteaupers, por ejemplo, es uno de aquellos que han debido alterarse, haciéndose necesario también otro desenlace. Por lo demás, aunque el autor se haya desviado lo menos posible, y sólo cuando la música lo exigía, de ciertas condiciones indispensables, á su modo de ver, en toda obra pequeña ó grande, no entiende ofrecer aquí á los lectores, ó mejor dicho á los oyentes, sino un bosquejo de ópera más ó menos bien dispuesto para que la obra musical se sobreponga felizmente, un *libreto* puro y sencillo, cuya publicación se explica por un uso imperioso. En esto no puede ver más que una trama de aquellas que siempre ganarán ocultándose bajo ese rico y deslumbrador bordado que llaman la música.

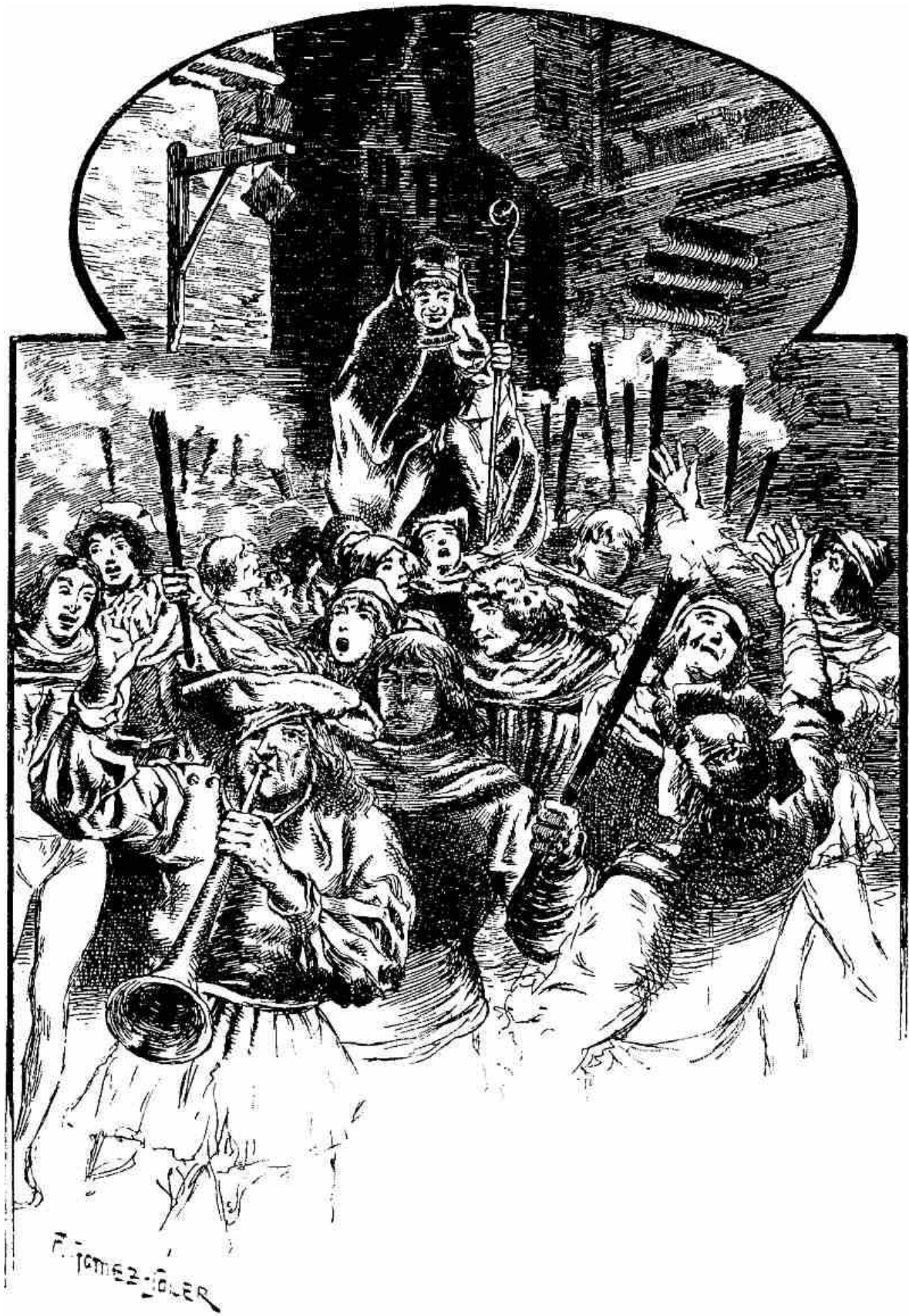
p. 206El autor supone, pues, si por casualidad se ocupan de este libreto, que un opúsculo tan especial no se podría juzgar en ningún caso de por sí, abstracción hecha de las necesidades musicales á que el poeta ha debido someterse, y que en la ópera tienen siempre derecho de prevalecer. Prescindiendo de todo lo demás, ruega con instancia al lector que no vea en estas líneas sino lo que contienen, es decir, su pensamiento personal en este libreto en particular, y no un desdén injusto y de mal género á esa especie de poemas en general, y al establecimiento magnífico en que se representan. El autor, que no es nada, recordaría, en caso necesario, á los que ocupan más alta posición, que nadie tiene derecho para despreciar, aunque fuese bajo el punto de vista literario, una escena como ésta. No olvidemos que, sin contar los poetas, este Real Teatro ha recibido en ciertas ocasiones ilustres visitantes. En 1671 se representó con toda la pompa de la escena lírica una tragedia-baile titulada «Psiquis», cuyo libreto era de dos autores: el uno se llamaba Poquelin de Molière y el otro Pedro Corneille.

14 Noviembre 1835.

p. 207

La Esmeralda





ACTO PRIMERO

La escena representa la Corte de los Milagros. Es de noche. Una multitud de truhanes se entrega á ruidosas danzas. Mendigos y mendigas en actitudes diversas y propias del oficio. El rey de la Truhanería encima de un tonel. Fuegos, antorchas, hogueras. En el fondo y entre la sombra, casas de mísero aspecto.

p. 210 ESCENA I

CLAUDIO FROLLO, CLOPIN, luego LA ESMERALDA, después CUASIMODO.—
TRUHANES.

Coro de Truhanes.—¡Viva Clopin, rey de la Truhanería! ¡Vivan los mendigos de París!
¡Trabajemos de noche cuando todos los gatos son pardos! ¡Bailemos! ¡Comamos!
¡Burlémonos de las lluvias de Abril y del ardiente sol de Julio!

Aprendamos á olfatear la espada del arquero para huir de ella, y el saco de oro que lleva el viajero para hacerlo nuestro.

Iremos á bailar con los espíritus, á la claridad de la luna. ¡Viva Clopin, rey de la Truhanería! ¡Vivan los mendigos de París!

Claudio Frollo (*aparte detrás de un pilar; lleva una ancha capa que oculta sus hábitos sacerdotales*).—Los ayes de mi alma dolorida se pierden entre el tumulto de esta infame bacanal. ¡Cuánto sufro! Jamás lava tan ardiente como la que abrasa mi pecho ha circulado por la chimenea de un volcán.

(*Entra Esmeralda bailando.*)

Coro.—¡Aquí está! ¡Aquí está Esmeralda!

Claudio Frollo (*aparte*).—Es ella. ¡Sí! ¿Por qué cruel destino has hecho tan hermosa á esa criatura, á esa criatura tan desgraciada?

(*Esmeralda llega hasta el centro del escenario. Los Truhanes forman corro en torno suyo y dan muestras de admiración mientras ella baila.*)

p. 211



Coro.—¡Baila, muchacha, baila!

La Esmeralda.—Soy la huérfana hija del dolor, que arroja flores en vuestro camino. Mi delirante alegría encubre muchos suspiros; os muestro mis sonrisas y p. 213 oculto mis lágrimas. Bailo y canto como el pajarillo salta y trina á orillas de un arroyo. Soy palma herida que cae inerte á tierra. La noche de la tumba es el dosel de mi cuna.

Coro.—¡Baila, muchacha, baila! Tú suavizas nuestro áspero carácter. Considéranos como tu familia y juega con nosotros como la golondrina juguetea con las olas del mar. Esta es la pobre niña, hija de la desgracia. Cuando centellea su mirada, desaparece el dolor. Todos nos reímos para oír su canto. Desde lejos, parece, por lo graciosa, la abeja que se columpia en el cáliz de una flor.

¡Baila, muchacha! Tú suavizas nuestro carácter. Considéranos como tu familia y juega con nosotros.

Claudio Frollo (*aparte*).—¡Tiembla, muchacha! Los celos me devoran.

(*Trata de aproximarse á Esmeralda, que se aparta de él casi con espanto. Entra la procesión del papa de los locos, llevando antorchas, linternas y músicas. En medio del cortejo va Cuasimodo sobre unas angarillas rodeado de luces y con la cabeza cubierta por una mitra.*)

Coro.—Saludad.

¡Saludad todos! Aquí tenéis al papa de los locos.

Claudio Frollo (*que al ver á Cuasimodo, se dirige hacia él con ademán colérico*).—
¡Cuasimodo! ¿Qué significa esta indigna mascarada? ¡Oh profanación! ¡Aquí,
Cuasimodo, aquí!

Cuasimodo.—¡Dios mío! ¡Qué oigo!

Claudio Frollo.—Que vengas aquí he dicho.

Cuasimodo (*bajando de las angarillas*).—Aquí estoy.

Claudio Frollo.—¡Sé anatema!

Cuasimodo.—¡Gran Dios! Es él.

Claudio Frollo.—¡Qué audacia!

Cuasimodo.—¡Horrible situación!

Claudio Frollo.—¡De rodillas, traidor!

Cuasimodo.—¡Perdón, señor!

p. 214

Claudio Frollo.—El amo acaso podrá perdonarte; el sacerdote no.

Cuasimodo.—¡Perdón! ¡perdón!

(Claudio Frollo arranca á Cuasimodo los burlescos ornamentos pontificales de que va revestido y los pisotea. Los Truhanes, á quienes dirige miradas de cólera Claudio, comienzan á murmurar y forman en torno de éste varios grupos en actitud amenazadora.)

Coro.—¡Compañeros! Se atreve á amenazarnos en nuestra misma casa.

Cuasimodo.—¿Qué pretenden esos audaces ladrones? Amenazan á mi amo; pero ya veremos quién lleva el gato al agua.

Claudio Frollo.—¡Raza impura de judíos y ladrones! ¡Os atrevéis á amenazarme! ¡Pues ya veremos!

(La cólera de los Truhanes estalla.)

Coro.—¡Basta, basta! ¡Muera el que turba nuestra fiesta! ¡Que pague con la cabeza su atrevimiento! ¡Su resistencia será inútil!

Cuasimodo.—¡Deteneos! ¡No le toquéis, ó va á convertirse la fiesta en sangriento combate!

Claudio Frollo.—Estoy intranquilo, pero no es por el peligro que puede correr mi cabeza. *(Poniéndose la mano sobre el pecho.)* ¡Aquí es donde se libra un verdadero combate! ¡Aquí está la tempestad!

(En el momento de llegar al colmo el furor de los Truhanes, aparece en el fondo Clopin Trouillefou.)

Clopin.—¿Quién se atreve á atacar en esta infame madriguera, á mi señor el Arcediano y á Cuasimodo, el campanero de Nuestra Señora?

Los Truhanes *(conteniéndose)*.—¡Es Clopin! ¡Es nuestro rey!

Clopin.—¡Retiraos, miserables!

Los Truhanes.—¡Fuerza es obedecer!

Clopin.—Dejadnos.

p. 215(*Los Truhanes se retiran. La Corte de los Milagros queda desierta. Clopin se aproxima misteriosamente á Claudio.*)

ESCENA II

CLAUDIO FROLLO, CUASIMODO, CLOPIN TROUILLEFOU

Clopin.—¿Qué motivo os ha impulsado á venir á esta orgía? ¿Tenéis alguna orden que darne? Sois mi maestro de magia y podéis hablar con libertad; estoy dispuesto á obedeceros en todo.

Claudio Frollo (*cogiendo vivamente por un brazo á Clopin y llevándole hacia el proscenio*).—Vengo á concluir. Oye.

Clopin.—Ya escucho.

Claudio Frollo.—¡La amo más que nunca! Por eso muero devorado por la pasión y el pesar. Es preciso que sea mía esta misma noche.

Clopin.—Este es el camino de su casa y por aquí pasará dentro de un instante.

Claudio Frollo (*aparte*).—¡Oh! ¡El infierno triunfa! (*En voz alta.*) ¿Dices que pasará pronto?

Clopin.—Inmediatamente.

Claudio Frollo.—¿Sola?

Clopin.—Sola.

Claudio Frollo.—Está bien.

Clopin.—¿Pensáis esperarla?

Claudio Frollo.—Sí; estoy resuelto á que sea mía ó á morir.

Clopin.—¿Puedo ayudaros?

Claudio Frollo.—No. (*Entrega su bolsa á Clopin y le hace seña de que se vaya. Quédase solo con Cuasimodo á quien lleva hacia el proscenio.*) Ven. Necesito de ti.

Cuasimodo.—Mandad.

p. 216

Claudio Frollo.—Se trata de una cosa impía, horrible, abominable.

Cuasimodo.—Sois mi amo y estoy dispuesto á obedecer.

Claudio Frollo.—Arriesgamos la libertad, la vida, todo...

Cuasimodo.—Á todo estoy resuelto.

Claudio Frollo (*con impetuosidad*).—¡Quiero apoderarme de la gitana!

Cuasimodo.—Podéis disponer de mi sangre, sin decirme el porqué.

(*Á una seña de Claudio Frollo se retira hacia el fondo, dejando solo á su amo en el proscenio.*)

Claudio Frollo.—¡Oh cielos! ¡Haber sepultado mi inteligencia en los abismos del mal! ¡Haber ensayado todos los criminales artificios de la magia! ¡Haber caído en profundidades más hondas que el mismo infierno! ¡Ser sacerdote! ¡Espiar en las tinieblas de la noche á una mujer! ¡Y pensar que cuando mi alma se halla en semejante situación, está Dios mirándome desde el Empíreo!...

Pero ¡bah! no importa. El destino fatal me empuja con tan ruda mano, que no puedo detenerme en la pendiente. Mi suerte se decide hoy. El sacerdote loco ya no tiene esperanza de salvarse, pero tampoco miedo á la condenación eterna.

¡Demonio que me dominas y á quien evocan mis libros cabalísticos; si me concedes esa mujer, te entrego mi alma! ¡Cobija bajo tus malditas alas al sacerdote infiel! ¡El infierno, con ella, me parecerá un paraíso!

¡Ven, mujer, ven! ¡Te espero! ¡Ya que Dios, cuya mirada penetra constantemente en nuestros corazones, ha tenido el capricho de que elija entre el cielo y el amor, quiero satisfacer éste enseguida!

Cuasimodo (*adelantándose*).—Señor, se acerca el instante crítico.

p. 217 Claudio Frollo.—Sí; el momento es solemne; va á decidirse mi suerte. Calla.

Claudio Frollo y Cuasimodo (*á dúo*).—La noche está oscura. Oigo pasos. ¿Quién vendrá?

La ronda (*pasando por detrás de las casas*).—¡Paz y vigilancia! Tengamos el oído alerta y procuremos sondear con la mirada las tinieblas de la noche.

Claudio y Cuasimodo (*á dúo*).—Alguien se adelanta en la oscuridad sin hacer ruido. Callemos. ¡Ah! Es la ronda nocturna.

(*Se aleja la ronda.*)

Cuasimodo.—Ya se va la ronda.

Claudio Frollo.—Y con ella nuestro miedo.

(Claudio Frollo y Cuasimodo miran con ansiedad hacia la calle por donde ha de venir la Esmeralda.)

Cuasimodo.—Consejos del amor recibe, y siente fortalecer su esperanza quien vela mientras todo duerme. ¡La oigo venir!... es ella... Niña divina; ven sin temor.

Claudio Frollo.—La oigo venir; es ella... ¡Es mía!

(Sale la Esmeralda. Ambos se arrojan sobre ella y quieren llevársela; pero se resiste.)

La Esmeralda.—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Á mí!

Claudio Frollo y Cuasimodo.—¡Calla! ¡Calla!

ESCENA III

LA ESMERALDA, CUASIMODO, FEBO DE CHÂTEAUPERS, los arqueros de la ronda

Febo *(entrando á la cabeza de los arqueros)*.—¡Alto, en nombre del rey!

p. 218 *(Claudio se escapa aprovechando el tumulto. Los arqueros se apoderan de Cuasimodo.—Febo á los arqueros, señalando al jorobado:)*

¡Sujetadle y apretad firme, sea noble ó plebeyo! Llévosle á las prisiones del Châtelet.

(Los arqueros conducen á Cuasimodo al fondo del escenario. La Esmeralda, repuesta del susto que ha recibido, se aproxima á Febo á quien mira con curiosidad y admiración, llevándole luego al proscenio.)

DÚO

La Esmeralda *(á Febo)*.—Señor, ¿queréis decirme vuestro nombre?

Febo.—Me llamo Febo de Châteaupers.

La Esmeralda.—¿Sois capitán?

Febo.—¡Sí, reina mía!

La Esmeralda.—¡Oh! ¡Yo no soy reina!

Febo.—¡Cuánto candor y cuánta gracia!

La Esmeralda.—¡Febo! Me gusta mucho vuestro nombre.

Febo.—Más me gusta á mí.

La Esmeralda (*á Febo*).—Muchas veces, un apuesto capitán, un gallardo oficial de bizarro continente y corazón de acero, se apodera del corazón de una pobre muchacha y luego se ríe de su llanto.

Febo (*aparte*).—El amor de un militar apenas puede vivir un día. Todo soldado desea hallar flores sin espinas, placeres sin pesares, amor sin dolor. (*Á La Esmeralda.*)
¿Sabes que tienes unos ojos encantadores?

La Esmeralda.—Acaso valdría más no tenerlos en ciertas ocasiones, pues cuando se ve á un caballero como vos, luego se está pensando en él largo tiempo.

Febo (*aparte*).—La obligación del buen soldado es cortejar á todas las mujeres que halle en su camino.

La Esmeralda (*colocándose delante del capitán y examinándole con admiración*).—Cuanto más os contemplo. 219 más os admiro. ¡Oh! ¡qué hermosa banda de seda con franjas de oro!

(*Febo se quita la banda y se la entrega á Esmeralda.*)

Febo.—¿Te gusta? Pues tuya es.

La Esmeralda.—¡Qué preciosa!

(*La Esmeralda toma la banda y se la pone.*)

Febo.—¡Un momento!

(*Se aproxima á la Esmeralda y trata de abrazarla. Ella retrocede.*)

La Esmeralda.—¡No, eso no!

Febo (*insistiendo*).—¡Déjate abrazar!

La Esmeralda (*retrocediendo más*).—¡Nunca!

Febo (*riendo*).—¡Es chistoso esto de hallar una mujer tan hermosa y tan cruel al mismo tiempo! Quiero un beso de tus labios; ¿por qué me lo niegas?

La Esmeralda.—Porque debo negarlo. ¿Quién sabe las consecuencias que puede traer un beso?

Febo.—Pues si no me le das, voy á tomarlo yo.

La Esmeralda.—No, dejadme: no hablemos de eso.

Febo.—¡Un solo beso no es nada!

La Esmeralda.—Nada para vos; pero todo para mí.

Febo.—Mírame y te convencerás de cuánto te amo.

La Esmeralda.—¡Si apenas me atrevo á mirarme á mí misma!

Febo.—El amor quiere entrar en tu corazón esta noche.

La Esmeralda.—Esta noche el amor y mañana la desgracia.

(Se escapa de los brazos de Febo y huye. Febo, contrariado, se vuelve hacia Cuasimodo á quien tienen atado los guardias en el fondo del teatro.)

Febo.—¡Se resiste y huye! ¡Valiente aventura! De dos pájaros nocturnos que tenía, el ruiseñor se me escapa y me queda el mochuelo.

(Se pone á la cabeza de la tropa y sale llevándose á Cuasimodo.)

p. 220 Coro de la ronda.—Paz y vigilancia. Tengamos el oído alerta y procuremos sondear con las miradas las tinieblas de la noche.

(Se alejan poco á poco y desaparecen.)





ACTO II

La plaza de Grève. La picota y en ella Cuasimodo. El pueblo llena la plaza.

ESCENA I

Coro.—¿Conque robaba á una joven?

—¡Es posible!

—Mirad cómo le zurren en este momento.

—¿Oís, comadre? Cuasimodo se ha atrevido á cazar en las tierras de Cupido.

Una mujer del pueblo.—Pasará por mi calle cuando p. 222 vuelva de la picota... Pero silencio, el pregonero va á hablar.

Pregonero.—De orden del rey, que Dios guarde, el hombre á quien estáis viendo, permanecerá durante una hora en la picota, debidamente custodiado.

Coro.—¡Muera, muera el jorobado, el sordo, el tuerto! ¡Muera ese Barrabás! ¡Parece que se atreve á mirarnos! ¡Muera el hechicero! ¡Gesticula y se agita! ¡Él es quien hace ladrar á los perros por la calle!

—Castigad severamente á ese bandido.

—¡Que se le dé doble número de azotes!

Cuasimodo.—¡Por piedad! ¡Dadme agua!

Coro.—¡Que le cuelguen!

Cuasimodo.—Tengo sed.

Coro.—¡Maldito seas!

(Esmeralda, que desde hace algunos momentos se ha mezclado en la multitud, observa con sorpresa y luego con piedad á Cuasimodo. De súbito, entre la gritería del pueblo, sube á la picota, saca de su cinturón una botellita y da de beber al jorobado.)

Coro.—¿Qué haces, hermosa niña? Deja á Cuasimodo. Cuando Belcebú se abrasa, no le debes dar agua.

(La Esmeralda baja de la picota y los arqueros desatan y se llevan á Cuasimodo.)

Coro.—Había querido secuestrar una joven.

—¿Quién, ese espantajo?

—Eso es horrible, infame.

—Eso es muy grave.

—¿Oís, comadres? Cuasimodo se ha atrevido á cazar en las tierras de Cupido.

p. 223 ESCENA II

Sala lujosamente amueblada, donde se están haciendo los preparativos para una fiesta

FEBO, FLOR DE LIS, LA SEÑORA ELOÍSA DE GONDELAURIER

La señora Eloísa.—Febo, futuro yerno mío, á quien tanto quiero, mandad y dirigid aquí ahora, como antes lo he hecho yo, procurando que esta noche se divierta todo el mundo. Y tú, hija mía, prepárate. Ya que serás la más hermosa de todas, debes ser también la más alegre.

(Se va hacia el fondo y da varias órdenes á los criados que están haciendo los preparativos.)

Flor de Lis *(á Febo)*.—Desde la semana pasada apenas os he visto dos veces, y sólo, gracias á esta fiesta, volvéis aquí. Esto es poco lisonjero.

Febo.—¡Por Dios! No me riñáis.

Flor de Lis.—Si veo que me vais olvidando...

Febo.—Os juro...

Flor de Lis.—Nada de jurar. Cuando se jura es porque se miente.

Febo.—¡Olvidaros! ¡Qué locura! ¿Acaso no sois vos la más hermosa de las mujeres y yo el hombre más amante de la belleza? *(Aparte.)* ¡Qué irritada está hoy mi novia! Sin duda sospecha algo. ¡Ah! nada hay más fastidioso que los celos. Las mujeres deberían saber que los amantes á quienes se hostiga, se largan con viento fresco. Es más fácil atraer al hombre con la risa que con las lágrimas.

Flor de Lis *(aparte)*.—¡Hacer traición á su prometida! ¡Á mí, que no pienso más que en él! ¡Ay! ¡cuánto sufro con sus ausencias y cuánto padezco también al p. 224 mirarle! Cuando le veo, menosprecia mi gozo; cuando no viene, desdeña mis lágrimas. *(Á Febo.)* Febo, ¿qué habéis hecho de la banda que os bordé? ¿Cómo no la lleváis?

Febo.—¿La banda?... No sé... *(Aparte.)* ¡Dios santo! ¡Qué compromiso!

Flor de Lis.—Sin duda la habréis olvidado. *(Aparte.)* ¿Quién será su dueña ahora? ¿Por quién me olvida?

Eloísa *(dirigiéndose hacia ellos y en tono conciliador)*.—¡Vaya, vaya! Ante todo casaos; luego tendréis tiempo de reñir.

Febo *(á Flor de Lis)*.—No he olvidado vuestra banda. Si no la traigo es porque la conservo doblada cuidadosamente en un cofrecillo esmaltado que mandé hacer

expresamente. (*Con pasión, á Flor de Lis, que todavía está irritada.*) ¡Juro que os adoro más que si fuéseris la misma Venus!

Flor de Lis.—No juréis. Ya sabéis mi opinión respecto al asunto.

Eloísa.—¡Vaya, niños! Nada de cuestiones. Hoy todo el mundo debe estar alegre.

Ven, hija mía; es preciso que hagamos los honores de la casa. Cada cosa á su tiempo. (*Á los criados.*) Encended las luces y que se disponga todo para el baile. Quiero que por doquiera resplandezca la claridad, y que los convidados crean hallarse en pleno día.

Febo.—Estando Flor de Lis aquí, no puede faltar nada para el esplendor de la fiesta.

Flor de Lis.—Sí, Febo; falta el amor.

(*Vanse las dos mujeres.*)

Febo (*mirando cómo se aleja Flor de Lis*).—Á decir verdad, aun estando á su lado no puedo hallarme satisfecho, porque la mujer á quien amo, y en la cual pienso todo el día, no está aquí.

p. 225ARIA

Sólo á ti pertenece mi corazón, niña encantadora, hermosa sombra que llenas mi vida con tu recuerdo y que, ausente siempre, te apareces á todas horas.

Como un nido destaca entre el ramaje, como una flor entre las malezas, como un bien entre los males, así destaca y brilla mi amada entre las demás mujeres. Humilde y altiva á un tiempo, pero altiva sólo para guardar su pureza, en medio de la libertad en que vive, sabe encubrir la voluptuosidad de su mirada con un casto velo de pudor.

En la oscura noche parece un ángel, cuya frente oculta la sombra, mientras que en sus ojos resplandece el fuego. No me abandona un solo instante su imagen, unas veces luminosa, otras sombría; y ora se me representa como astro, ora como nube, siempre la veo en el cielo.

Sólo á ti pertenece mi corazón, niña encantadora, hermosa sombra que llenas mi vida con tu recuerdo y que, ausente siempre, te apareces á todas horas.

(*Entran en el salón multitud de señoras y caballeros, elegantemente vestidos.*)

ESCENA III

El mismo, EL VIZCONDE DE GIF, EL SEÑOR DE MORLAIX, EL SEÑOR DE CHEVREUSE, LA SEÑORA DE GONDELAURIER, FLOR DE LIS, DIANA, BERENGUELA, señoras, caballeros

El vizconde de Gif.—¡Salud, nobles castellanos!

Eloísa, Febo y Flor de Lis (*saludando*).—¡Salud, nobles caballeros! Dios quiera que bajo este techo hospitalario olvidéis toda clase de cuidados y pesares.

p. 226 El señor de Morlaix.—Señoras, os deseo salud, placer y dicha.

Eloísa, Febo y Flor de Lis.—Que el cielo premie vuestros buenos deseos, nobles caballeros.

El señor de Chevreuse.—Señoras, digo lo mismo que mi compañero.

Eloísa, Febo y Flor de Lis.—Nuestra señora os recompense.

(*Entran todos los convidados.*)

Coro.—Entremos todos á tomar parte en la fiesta, así las damas como los caballeros; por todas partes embalsamen el ambiente las flores que adornan las cabezas femeniles y en todos los corazones domine la alegría.

(*Los convidados se aproximan y saludan. Entre ellos circulan varios criados llevando bandejas con flores y frutas. Á la derecha, junto á una ventana, se forma un grupo de muchachas. De pronto, una de ellas hace señales á las demás para que se inclinen sobre el alféizar y miren fuera.*)

BAILE

Diana (*mirando á la calle*).—Mira, mira, Berenguela.

Berenguela (*obedeciendo*).—¡Qué viva es y qué ligera!

Diana.—¡Parece un hada ó la encarnación misma del Amor!

El vizconde de Gif (*riendo*).—¿Quién baila en la calle?

El señor de Chevreuse (*después de mirar*).—Es la maga... Febo, es tu gitana, la que salvaste valerosamente de manos de un ladrón, la otra noche.

El vizconde de Gif.—Sí, sí, es la bohemia.

El señor de Morlaix.—Es hermosa como un sol.

Diana (*á Febo*).—Si la conocéis, decidla que venga á distraernos un rato con sus habilidades.

Febo (*mirando con aparente indiferencia*).—Puede ser. 227 que sea ella. (*Al señor de Gif.*) ¿Pero creéis que se acordará...?

Flor de Lis (*que ha estado escuchando*).—De vos se acuerda siempre todo el mundo. Llamadla; decidla que suba. (*Aparte.*) Ahora veré si es cierto lo que se dice.

Febo (*á Flor de Lis*).—Ya que lo queréis, probemos.

(*Hace señas para que suba Esmeralda.*)

Las jóvenes.—¡Ya viene!

El señor de Chevreuse.—Acaba de trasponer el pórtico.

Diana.—Los que estaban admirándola se han quedado muy mustios.

El vizconde de Gif.—Señoras, vais á ver á esa deidad callejera.

Flor de Lis (*aparte*).—¡Qué pronto ha obedecido á la señal de Febo!

ESCENA IV

Los mismos y LA ESMERALDA

(*Entra la gitana tímida y confusa. Movimiento de admiración. Todo el mundo se aparta para dejarla paso.*)

Coro.—¡Mirad! Su hermosa faz resplandece entre todas, como brillaría un lucero rodeado de antorchas.

Febo.—¡Oh! ¡es mi hermosa! Amigos, Esmeralda es la reina de este baile; la corona de la belleza ciñe su frente. (*Volviéndose hacia los señores de Gif y de Chevreuse*).

Amigos, mi corazón quiere saltarse del pecho. ¡Hada encantadora! Si pudiera libar el cáliz de la flor de tus amores, desafiaría gustoso los peligros de la guerra y hasta la misma desgracia.

El señor de Chevreuse.—¡Es un rostro celestial! Parece uno de esos encantadores sueños que flotan en la oscuridad de la noche y llenan la sombra de claridad. p. 228 Creeríase imposible que haya nacido en el abandono y se haya criado en la calle... ¿Quién habrá sido capaz de abandonar á la corriente de inmundo arroyo una flor tan hermosa?

La Esmeralda (*con la vista fija en Febo*).—Es mi Febo, estoy segura de ello, pues su imagen se ha conservado grabada en mi corazón. Ya vista de seda, ya se cubra con la armadura, es siempre el mismo, todo belleza y gracia. Febo, mi cabeza arde; me abrasa la alegría y el dolor. Así como la tierra necesita el benéfico rocío, mi alma necesita el consuelo de las lágrimas.

Flor de Lis.—¡Qué hermosa es! Ya estaba segura de ello. En verdad que debo estar muy celosa, si mis celos han de igualar á su belleza. Pero ¡quién sabe! Acaso estemos predestinadas ambas, por el implacable destino, á ver morir en flor todas nuestras ilusiones.

Eloísa.—¡Qué criatura tan hermosa! ¡Mentira parece que una impura gitana reuna en sí tanto encanto y belleza tanta! Mas ¿quién es capaz de adivinar los caprichos de la suerte? Muchas veces una serpiente, para cazar á los pobres pajarillos, oculta su venenosa cabeza en el matorral que más cubierto se halla de flores.

Coro general.—Las hermosas noches del estío no la aventajan en serenidad ni en hermosura.

Eloísa (*á Esmeralda*).—Vamos, niña hechicera, ven y danos á conocer algún baile nuevo.

(Esmeralda se prepara á bailar y saca de su seno la banda que le había regalado Febo.)

Flor de Lis.—¡Mi banda!... ¡Ah! Febo, me engañabas. Esta es mi rival...

(Flor de Lis arranca la banda de manos de Esmeralda y se desmaya. Los convidados se dirigen en actitud amenazadora hacia la gitana que se refugia junto á Febo.)

Coro.—¿Conque es verdad que Febo la ama? ¡Infame! Sal de aquí. Parece mentira que te hayas atrevido á venir á desafiar nuestra cólera. Este es el colmop. 229 de la imprudencia. Vuelve á recorrer las calles para que la hez del pueblo se extasíe con tus bailes. Mujer de tan baja esfera que á tanta altura se atreve á mirar, merece ser arrojada de este sitio inmediatamente.

La Esmeralda.—Defiéndeme tú, Febo mío, defiéndeme. La pobre gitanilla no confía en nadie más que en ti.

Febo.—Pues bien, sí, la amo; sólo á ella adoro y me constituyo en su defensor. Lucharé por ella, á quien pertenecen mi brazo y mi corazón. Si necesita que se la proteja, yo la ampararé. Las injurias que se la dirijan las tendré por hechas á mí, y considero su honor como el mío propio.

Coro.—¡Cómo! ¡Es verdad que la ama!... ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!... ¿Es posible que nos desafíe por una gitana?... ¡Vaya, callad ambos! El ardor que mostrais es incalificable. (Á Febo.) Vos dais pruebas de excesiva insolencia. (Á La Esmeralda.) Y tú de falta de pudor.

(Febo y algunos amigos suyos protegen á La Esmeralda, á quien amenazan los demás. La gitana se dirige con vacilante paso hacia la puerta. Cae el telón.)





ACTO III

Puerta exterior de una taberna. Á la derecha el establecimiento. Árboles á la izquierda. En el fondo una pared baja, con puerta practicable, que circuye el huerto. Á lo lejos se ven las torres de Nuestra Señora y una vaga silueta del París

antiguo que se destaca del horizonte rojizo de una puesta de sol, y cuya base lame el Sena.

p. 232 ESCENA I

FEBO, EL VIZCONDE DE GIF, LOS SEÑORES DE MORLAIX y DE CHEVREUSE y otros muchos amigos de Febo, sentados alrededor de varias mesas bebiendo y cantando.—Luego CLAUDIO FROLLO.

Coro.—Sea propicia y favorable Nuestra Señora á todos cuantos, en la tierra, no aborrecen más que el agua.

Febo.—Quiera ella conceder á los valientes en todas partes buen vino que beber y hermosos ojos que admirar. Con vino añejo y una mujer bonita, todos somos felices.

Coro.—Sea propicia, etc.

Febo.—Sucede á veces que una hermosa de alma fría, se muestra esquiva; pero el amante comienza por bromear con la ingrata; luego canta y por último bebe.

Coro.—Sea propicia, etc.

Febo.—Pasa el tiempo, y el amante desdeñado, esté sereno ó borracho, abraza á su querida y va á dormir sobre la misma boca de un cañón.

Coro.—Sea propicia, etc.

Febo.—Y su alma, que con frecuencia tiene ensueños amorosos, está satisfecha cuando el viento agita la tienda de campaña.

Coro.—Sea propicia y favorable Nuestra Señora á todos cuantos mortales no aborrecen más que el agua.

(Entra Claudio Frollo; va á sentarse junto á una mesa, lejos de Febo, y al principio parece indiferente á lo que pasa á su alrededor.)

El vizconde de Gif (á Febo).—¿Qué hay respecto á tu hermosa gitana?

(Movimiento de atención por parte de Claudio Frollo.)

p. 233 Febo.—Estoy citado con ella para esta noche, dentro de una hora.

Todos.—¿De veras?

Febo.—Sí.

(Aumenta la agitación de Claudio Frollo.)

El vizconde de Gif.—¿Y dices que la cita es dentro de una hora?

Febo.—Casi podría decir: de aquí á un instante.

ARIA

¡Oh! El amor es la suprema dicha. Ser dos cuerpos y un alma; poseer á la mujer á quien se ama; ser á la vez esclavo y vencedor; sentirse dueño del corazón y de los encantos del objeto amado; tranquilizarse al sonido de su voz y secar con un beso las lágrimas de sus hermosos ojos: todo eso es el amor.

(Mientras él canta, los demás beben, chocando los vasos.)

Coro.—En todo tiempo, la dicha suprema consiste en beber á la salud de la persona amada y en amar la bebida.

Febo.—Amigos míos, Esmeralda es la más linda de las mujeres, una verdadera perfección, y me pertenece.

Claudio Frollo *(aparte)*.—Protéjame el infierno. ¡Maldición sobre ella y sobre ti!

Febo.—El placer nos convida. No vacilemos en dar nuestra existencia por un momento de amor. ¿Qué importa morir después? Bien pueden darse cien años por una hora de goce, hasta la eternidad, por un solo día.

(Óyese el toque de queda. Los amigos de Febo se levantan de la mesa, se ciñen las espadas, se ponen las capas y los sombreros y se disponen á partir.)

Coro.—Febo, llegó la hora: ese es el toque de la queda. Vé á buscar á tu hermosa y que el cielo te guíe.

Febo.—Sí, tenéis razón: ese es el toque de la queda. Voy á visitar á mi hermosa y que Dios me guíe.

(Salen los amigos de Febo.)

p. 234 ESCENA II

CLAUDIO FROLLO, FEBO

Claudio Frollo *(deteniendo á Febo en el momento de ir éste á salir)*.—¡Capitán!

Febo.—¿Quién es este hombre?

Claudio Frollo.—Oíd.

Febo.—Daos prisa.

Claudio Frollo.—¿Sabéis cómo se llama la mujer que os espera?

Febo.—¡Diablo! ¡Pues no faltaba más sino que no supiera cómo se llama mi amante! Es la graciosa bailarina Esmeralda.

Claudio Frollo.—No se llama así: su nombre es la Muerte.

Febo.—Sólo dos cosas os contestaré. Primero: que estáis loco; y segundo, que os vayáis á paseo y me dejéis en paz.

Claudio Frollo.—Es preciso que me escuchéis.

Febo.—No me importa nada de cuanto tengáis que decirme.

Claudio Frollo.—Febo, si traspasáis el dintel de esa puerta...

Febo.—Sin duda estáis loco.

Claudio Frollo.—Sois hombre muerto.

DÚO

Claudio Frollo.—Tiembla, es una gitana, una de esas mujeres que no tienen ley ni conciencia. El amor sólo las sirve para encubrir su odio, y su cama es un lecho de muerte.

Febo (*riendo*).—¡Vaya! Disponeos para ir al hospitalp. 235 de los locos y que Júpiter, Esculapio y el Diablo os protejan.

Claudio Frollo.—Esas mujeres son siempre traidoras. Da crédito á la voz pública y ten presente que, si vas á ver á Esmeralda, morirás.

(La insistencia de Claudio Frollo parece hacer mella en el ánimo de Febo, que mira con ansiedad á su interlocutor.)

Febo.—Este hombre me inquieta; á pesar mío siento algún recelo... La verdad es que esta ciudad está llena de traidores...

Claudio Frollo (*aparte*).—Le asusto, y le hago sospechar á pesar suyo. Este imbécil no ve más que traidores en la ciudad. (*Á Febo.*) Creedme, caballero, huíd de la sirena que os tiende un lazo. Más de una gitana ha satisfecho su odio á nuestra raza, clavando un puñal en el seno de su amante que palpitaba de amor.

(Febo, á quien quiere arrastrar consigo, se rehace y le rechaza.)

Febo.—Parece que yo estoy loco también. Cuando se ama, ¿qué importa que la persona amada sea mora, judía ó gitana? Dejadme en paz; ella está esperándome.

Puede que tengáis razón; pero cuando la muerte es tan hermosa como ella, debe ser muy dulce morir.

Claudio Frollo (*deteniéndole*).—Detente... Piensa que es una gitana. ¿Estás loco hasta el punto de correr tú mismo á tu perdición?... Desconfía de la mujer infiel que te espera en la sombra. ¡Ah!... ¿No me haces caso? Pues bien, corre á la muerte.

(Febo sale con rapidez á pesar de los esfuerzos de Claudio Frollo. Éste permanece un momento como indeciso y luego sigue al capitán.)

p. 236 ESCENA III

Sala. En el fondo una ventana que da al río.

Entra CLOPIN TROUILLEFOU con una antorcha en la mano y seguido de varios hombres á quienes, luego de haberles hecho una señal de inteligencia, conduce hacia un sitio oscuro, por donde desaparecen. Entonces Clopin vuelve hacia la puerta y parece indicar á alguien que suba. Preséntase CLAUDIO FROLLO.

Clopin (*á Claudio*).—Desde aquí podréis observar á la gitana y al capitán, sin ser visto de ellos.

(Le muestra un hueco del muro oculto por un tapiz.)

Claudio Frollo.—¿Están ya en su sitio esos hombres?

Clopin.—Sí.

Claudio Frollo.—Importa que todo esto no se descubra nunca. Aquí tienes esta bolsa; luego te daré otro tanto.

(Claudio Frollo entra en su escondite, Clopin sale con precaución y á poco aparecen La Esmeralda y Febo.)

TERCETO

Claudio Frollo (*aparte*).—¡Oh, mujer adorada! ¡Cuán cruel es tu destino! Has entrado aquí de fiesta y saldrás de luto.

La Esmeralda (*á Febo*).—Mi señor conde, tengo el corazón lleno de vergüenza y de orgullo.

Febo (*á Esmeralda*).—¡Qué hermosa eres! Pero, mira, cuando se cierra esta puerta, se han de dejar fuera las penas.

(Febo hace sentar en un banco, á su lado, á la Esmeralda.)

p. 237 Febo.—¿Me quieres?

La Esmeralda.—Sí, mucho.

Claudio Frollo (*aparte*).—¡Qué horrible tormento!

Febo.—¡Oh, adorable mujer! ¡Cuán hermosa eres!

La Esmeralda.—Sois muy adulador... Pero no os acerquéis tanto: estoy avergonzada...

Claudio Frollo.—¡Se aman! ¡Qué envidia les tengo!

La Esmeralda.—Febo, os debo la vida.

Febo.—Y yo á ti la felicidad.

La Esmeralda.—Sed cuerdo... Animadme con una sonrisa... ¿No veis que vuestra mirada me fascina?

Febo.—Reina mía, mi sirena, belleza soberana, tus ojos sí que son deslumbradores.

Claudio Frollo.—¡Qué suplicio es estarles oyendo! ¡Qué amante es ella! ¡Cuán seductor está él!... Reíd, sed felices, mientras yo abro vuestra tumba.

Febo.—Hada ó mujer, quiéreme mucho, pues mi alma sólo en ti piensa día y noche.

La Esmeralda.—Soy mujer, y mi alma, abrasada de amor, suspira por ti noche y día.

Claudio Frollo.—El fuego que me consume es mi tormento... Á pesar mío, admiro la belleza y el amoroso delirio de ambos.

Febo.—Seamos felices; deja que despierte en tu alma el amor, mientras el pudor duerme. Tu boca es un cielo: deja que mi alma éntre en él. ¡Quisiera exhalar el último suspiro en un beso!

La Esmeralda.—Tu voz resuena dulcemente en mis oídos; tu sonrisa es hechicera y embriagadora; el brillo de tus ojos me enloquece; tus deseos son mi suprema ley; pero comprendo que debo resistirme á ellos, pues mi virtud y mi felicidad morirían en ese beso.

Claudio Frollo.—Pasos de muerte, no lleguéis á sus oídos. Mi celoso odio vela sobre su amor que se adormece. La pálida y descarnada Parca va á interponerse

238 entre ambos. Febo, en ese beso vas á exhalar tu último aliento.

(Claudio Frollo sale de su escondite, se arroja sobre Febo, le clava un puñal y, saltando por la ventana del fondo, desaparece. La Esmeralda da un grito y se echa

sobre el cuerpo de Febo. Entran en tumulto los hombres que estaban escondidos y se apoderan de la gitana, á quien parecen acusar. Cae el telón.)





ACTO IV

Calabozo con puerta en el fondo

ESCENA I

LA ESMERALDA sola, encadenada y echada sobre un montón de paja.—Luego
CLAUDIO FROLLO.

La Esmeralda.—¡Dios mío! ¡Febo en la tumba y yo en este abismo! Yo prisionera y él
muerto... ¡Muerto, sí! ¡Yo misma le ví caer!... ¡Y se atreven á acusarme de semejante

crimen! La implacable guadaña siega todavía tierno el tallo de nuestra existencia. Febo, alp. 240 irse, me ha enseñado el camino. Ayer abrieron su fosa; mañana abrirán la mía.

ROMANZA

¿Será posible que no haya en la tierra poder alguno que proteja á los amantes? ¿No habrá filtros ni encantos para enjugar las lágrimas de los ojos que lloran y para abrir los que se han cerrado?

¡Oh, Dios! á quien continuamente invoco: quítame la vida ó arranca el amor de mi corazón.

Febo, abramos nuestras alas y marchemos á las eternas esferas donde el amor es inmortal. Así nuestros cuerpos estarán juntos en la tumba y nuestras almas unidas en el cielo.

¡Oh, Dios! á quien continuamente invoco: quítame la vida ó arranca el amor de mi corazón.

(Se abre la puerta; entra Claudio Frollo con una lámpara en la mano y la capucha echada sobre el rostro, y va á colocarse, inmóvil, frente á la Esmeralda.)

La Esmeralda (*sobresaltada*).—¿Quién sois?

Claudio Frollo (*sin descubrirse*).—Un sacerdote.

La Esmeralda.—¡Un sacerdote! ¿Y á qué venís?

Claudio Frollo.—¿Estáis dispuesta?

La Esmeralda.—¿Á qué?

Claudio Frollo.—Á morir.

La Esmeralda.—Sí.

Claudio Frollo.—Bien.

La Esmeralda.—Y decid, padre, ¿será pronto?

Claudio Frollo.—Mañana.

La Esmeralda.—¿Y por qué no hoy?

Claudio Frollo.—¡Cómo! ¡Tanto sufrís que así deseáis la muerte!

La Esmeralda.—Sí; sufro mucho.

Claudio Frollo.—Pues yo, que no moriré mañana, acaso sufro más que vos.

p. 241 La Esmeralda.—¡Es posible! ¿Quién sois, pues?

Claudio Frollo.—Un hombre de quien os separa una tumba.

La Esmeralda.—¿Cuál es vuestro nombre?

Claudio Frollo.—¿Deseáis saberlo?

La Esmeralda.—Sí.

(*Claudio Frollo se levanta la capucha.*)

La Esmeralda.—¡El sacerdote! ¡Dios mío, él es! ¡Esa es su frente de hielo, esos sus ojos, que brillan como carbunclos; es el mismo, el que me persigue sin tregua noche y día, el que ha dado muerte á mi Febo, á mi amor! ¡Monstruo, yo te maldigo en esta hora suprema! Pero ¿qué te he hecho? ¿Cuál es tu propósito? ¿Qué quieres de mí, vil asesino? ¿Es que me aborreces tanto que tratas de atraerme hasta el borde de la tumba?

Claudio Frollo.—¡Es que te amo!

¡Sí, te amo! Será infame mi amor, pero raya en locura; es mi alma y mi sangre. Sí, mírame á tus pies; te juro que prefiero tu tumba al paraíso. ¡Compadécete de mí!... ¡Yo muero y tú me maldices!

La Esmeralda.—¡Me ama! ¡Qué horror! ¡Y estoy en poder de este demonio!

Claudio Frollo.—En mí ya no vive más que mi pasión y mi dolor.

¡Horrible desdicha! ¿Por qué extremas tu rigor? ¡Cuánto te amo! ¡Qué espantosa noche!

La Esmeralda.—¡Oh instante supremo! ¡Tiembla, corazón mío! Ese miserable me ama. ¡Qué noche de horrores!

Claudio Frollo (*aparte*).—La siento estremecerse entre mis brazos. ¡Al fin ha llegado mi hora! Yo, que la he sepultado en las tinieblas, la conduciré á la luz del sol; pero la muerte que de mí viene en pos no la dejará sino para entregarla al amor.

La Esmeralda.—¡Dejadme por piedad! Muerto. 242 Febo, también yo debo morir. Vuestro horrible amor me espanta, como al pájaro la mirada del buitre.

Claudio Frollo.—No me rechaces; te amo y te conjuro á seguirme. ¡Piedad para mí, y para ti misma! ¡Huyamos! La ocasión es propicia.

La Esmeralda.—¡Vuestra proposición es una injuria!

Claudio Frollo.—¿Prefieres morir?

La Esmeralda.—Cuando el cuerpo muere, el alma queda libre.

Claudio Frollo.—¡Pero la muerte es horrible!

La Esmeralda.—¡Sellad el impuro labio! Comparada con vuestro amor, la muerte es un bien.

Claudio Frollo.—¡Elige, elige entre la tumba ó mi amor!

(Claudio Frollo cae á los pies de la Esmeralda, y ésta le rechaza.)

La Esmeralda.—¡Calla, infame asesino! Tu amor es una ofensa; prefiero la tumba. ¡Maldito seas entre los malditos!

Claudio Frollo.—¡Tiembla! El cadalso te espera. Tú no sabes que en mi alma germinan proyectos de sangre y fuego, que Satanás aplaude en sus antros infernales. Pero no, yo te adoro; dame tu mano, y aún podrás vivir. ¡Oh noche de emociones y de remordimientos! ¡Para mí las lágrimas, para ti la muerte! Dime que me amas, y para ti brillará una nueva aurora. ¡Ah! puesto que en vano te imploro, puesto que tu odio no se aplaca ¡adiós! ¡Tras el día de mañana vendrá para ti la eterna noche!

La Esmeralda.—¡Véte, yo te aborrezco, vil sacerdote! Todavía están manchadas tus manos con la sangre de tu víctima. ¡Oh noche de lágrimas y de angustias! Basta ya de llanto; quiero morir. Hasta en la prisión te resistiré, y en ella te maldigo. ¡Véte! tu crimen seráp. 243 tu castigo. Febo y yo nos reuniremos en el cielo, y tú bajarás á los negros abismos.

(Aparece un carcelero; Claudio Frollo le hace seña para que se lleve á la Esmeralda y sale.)

ESCENA II

El atrio de Nuestra Señora; se ve la fachada de la iglesia; óyese ruido de campanas

Cuasimodo.—Amo todo cuanto hay aquí, excepto á mí mismo: el aire que circula y refresca mi frente; la fiel golondrina que anida en los carcomidos aleros, las capillas con sus cruces; las rosas que florecen, todo, en fin, lo que sonrío, menos yo, porque soy contrahecho y feo, aunque no tengo envidia de otros. Acepto la vida tal como es, pues sé que las penas y alegrías, las noches oscuras ó el cielo azul, todo puede

conducirme á Dios. Mi cuerpo es feo, pero tengo el alma hermosa; soy un buen acero guardado en tosca vaina.

¡Campanas grandes y pequeñas, tocad! Confundid vuestros penetrantes tañidos con vuestros sordos murmullos; cantad en las torrecillas y zumbad en las torres; que os oiga yo noche y día. Con vuestro auxilio las fiestas serán espléndidas; voltead rápidamente, agitando los aires, que al oírlos la gente estúpida acudirá ansiosa, cruzando los puentes. ¡Tocad sin tregua día y noche, que sin ruido no hay fiesta completa! (*Se vuelve hacia la fachada de la iglesia.*) ¡Veo la capilla enlutada! ¡Ay! ¿será que van á traer aquí á algún desgraciado? ¡Cielos, qué horrible presentimiento!... ¡No, no quiero creerlo! (*Entran Claudio Frollo y Clopin, sin ver á Cuasimodo.*) Es mi amo... observemos. ¡Qué sombrío viene! (*Se oculta en un ángulo oscuro del pórtico.*)—¡Oh, p. 244 Santa Virgen, tomad mi vida, pero salvad mi alma!

ESCENA III

CUASIMODO (oculto), CLAUDIO FROLLO, CLOPIN

Claudio Frollo.—¿Conque Febo está en Monforte?

Clopin.—Sí, señor, y vive.

Claudio Frollo.—¡Con tal que no venga por aquí!

Clopin.—¡Bah! no hay cuidado; está demasiado débil aún para emprender tan larga jornada; si viniese, su muerte sería segura, pues á cada paso que diera se le volvería á abrir la herida. Nada temáis por ahora.

Claudio Frollo.—¡Ah, téngala por lo menos hoy en mi poder, para que por mí viva ó muera! ¡Infierno, sólo por este día te doy toda la eternidad! (*Á Clopin.*) Pronto van á traer aquí á la gitana. Acuérdate de todo; tú has de estar en la plaza con los tuyos.

Clopin.—Muy bien.

Claudio Frollo.—Permanecerás oculto en la sombra, y si yo grito: «Á mí,» acudirás al punto.

Clopin.—Entendido.

Claudio Frollo.—Es preciso que haya bastante gente.

Clopin.—Bueno. Conque si vos gritáis «Á mí»...

Claudio Frollo.—Eso es.

Clopin.—Corro hacia ella y la arrebató de manos de los soldados...

Claudio Frollo.—Precisamente.

Clopin.—Y os la entrego.

Claudio Frollo.—Sí. Tal vez conseguiré ablandar su corazón. Confúndete entre el gentío, y si logro mi objeto acudirás con los tuyos apenas haga la señal.

p. 245 Clopin.—Está bien, señor.

Claudio Frollo.—Permaneced siempre reunidos.

Clopin.—Así se hará.

Claudio Frollo.—Llevad ocultas vuestras armas á fin de no excitar sospechas.

Clopin.—Seréis obedecido.

Claudio Frollo.—Pero si esa mujer comete la locura de no escuchar mi voz, llévesela el diablo. Mas no, creo que no será así, y cuento contigo para que me ayudes á realizar mi última esperanza.

Clopin.—No temáis, contad conmigo, y no dudo que se conseguirá el objeto.

(Salen ambos con precaución. El pueblo comienza á llenar la plaza.)

ESCENA IV

EL PUEBLO, CUASIMODO, después LA ESMERALDA y su acompañamiento, CLAUDIO FROLLO, FEBO y CLOPIN. Sacerdotes, arqueros y ministros de justicia.

Clopin.—Acudamos todos á Nuestra Señora para ver á la joven que hoy ha de morir, á la gitana que asesinó, según dicen, al capitán de arqueros más gallardo de todo el reino. ¡Parece mentira que una mujer tan hermosa sea tan cruel, y que su dulce mirada oculte un alma tan negra! ¡Es horrible!

¡Venid, corred todos á Nuestra Señora para ver á la joven que ha de morir esta tarde!

(Aumenta la multitud, óyense rumores y comienza la fúnebre comitiva á desembocar en la plaza. Hileras de penitentes negros, estandartes de la Misericordia, hachas, arqueros, gente de justicia y guardias. Los soldados apartan la multitud y aparece Esmeralda en camisa, p. 246 con una cuerda al cuello, descalza y cubierta con un largo crespón negro. Á su lado va un fraile con un crucifijo; detrás, los verdugos y la escolta. Cuasimodo, apoyado en el estribo del pórtico, observa con atención. En el momento en que la gitana llega ante la iglesia, óyese en el interior de ésta un canto solemne y lejano: las puertas están cerradas.)

Coro (*dentro de la iglesia*):

Omnes fluctus fluminis

Transierunt super me

In imo voraginis

Ubi plorant animæ.

(El canto se acerca lentamente y resuena al fin junto á las puertas, que se abren de pronto, dejando ver el interior de la iglesia, ocupado por una larga procesión de sacerdotes, precedidos de estandarte. Claudio Frollo, con hábito sacerdotal, figura á la cabeza y se dirige hacia la gitana.)

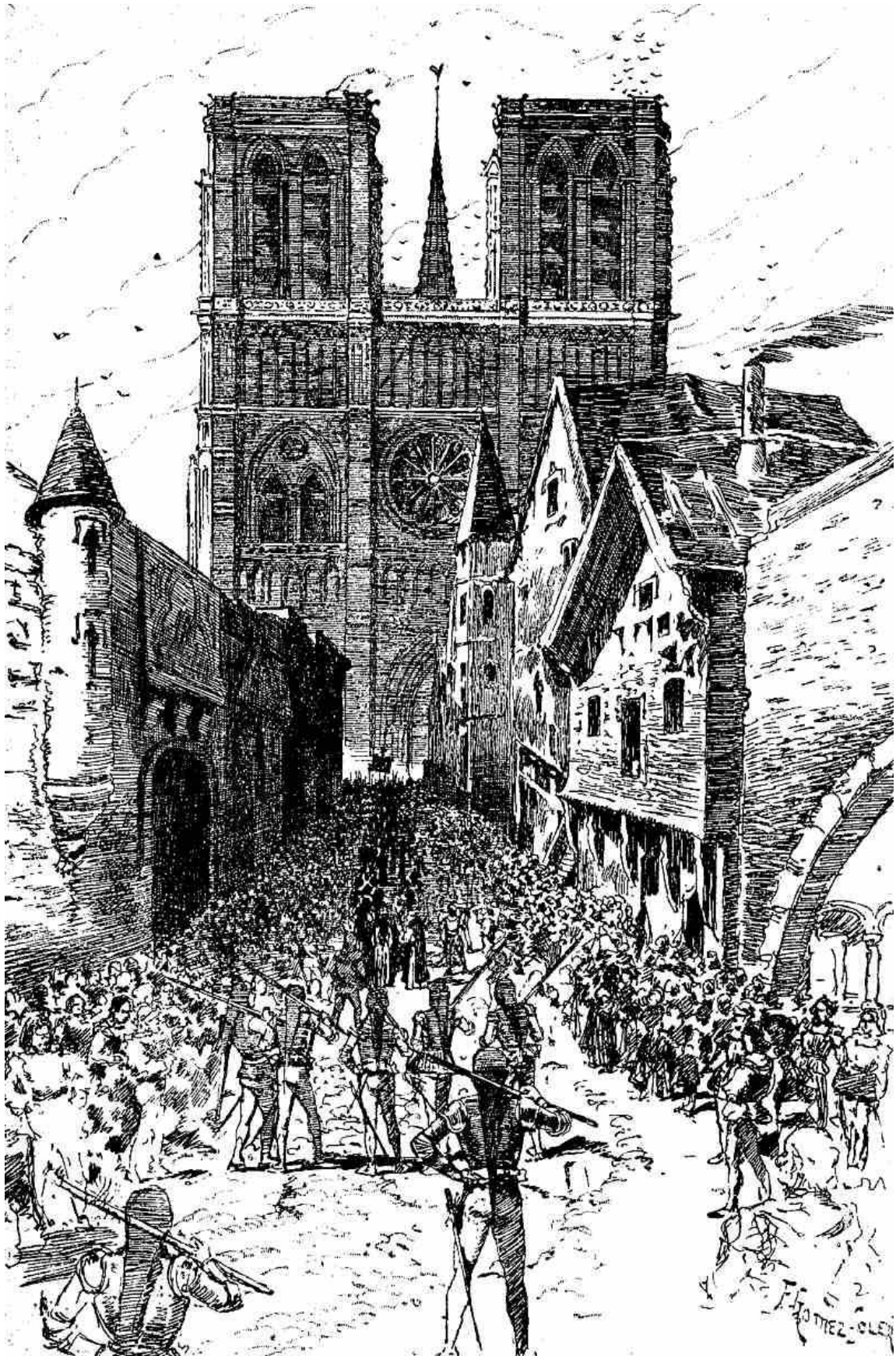
El pueblo.—¡Viva hoy; muerta mañana! ¡Dulce Jesús, recibidla en vuestro seno!

La Esmeralda.—Mi Febo me llama á la morada eterna, donde Dios nos cobijará bajo sus alas. ¡Bendito sea mi cruel destino, pues en medio de tanta desdicha, mi corazón quebrantado abriga todavía una esperanza! ¡Voy á morir para la tierra, pero renaceré en el cielo!

Claudio Frollo.—¡Morir tan joven y hermosa! ¡Ay de mí! el sacerdote impuro está más condenado que ella, porque mi suplicio será eterno. ¡Pobre niña infeliz, cogida entre mis garras, vas á morir para el mundo; mas yo he muerto para el cielo!

El pueblo.—¡Es una infiel! El cielo que á todos llama, no la abrirá sus puertas, y su suplicio será eterno. La parca inexorable la estrecha entre sus brazos; ha muerto ya para el mundo, y para el cielo también.

p. 247



TOPIEZ - GLEZ

Coro.—¡Venid, corred todos á Nuestra Señora...!

p. 249(*La procesión se aproxima; Claudio se acerca á la Esmeralda.*)

La Esmeralda (*sobrecogida de terror*).—¡El sacerdote!

Claudio Frollo (*en voz baja*).—¡Sí, soy yo, que amo y te suplico! ¡Dí una sola palabra, y aún podré salvarte! ¡Dime que me amas!

La Esmeralda.—¡Te aborrezco! ¡Véte!

Claudio Frollo.—¡Entonces muere! Ya iré á buscarte. (*Volviéndose hacia la multitud.*)
¡Pueblo, en este supremo instante entregamos esa mujer al brazo secular! ¡Permita el cielo que hasta su pobre alma llegue el soplo del Señor!

(*En el momento en que los agentes de justicia ponen mano sobre la Esmeralda, Cuasimodo salta á la plaza, rechaza á los arqueros, coge á la joven en sus brazos y precipítase en la iglesia.*)

Cuasimodo.—¡Asilo, asilo, asilo!

El pueblo.—¡Asilo, asilo, asilo! ¡Albricias, albricias! ¡Viva el buen compañero! La condenada es del Señor; derribemos el cadalso, que el Eterno la acogerá en su altar, librándola de la tumba. ¡Atrás, verdugos y arqueros! La ley no puede traspasar esa sagrada barrera. Todo cambia en la casa del Señor, donde los ángeles protegen á la condenada.

Claudio Frollo (*imponiendo silencio con un ademán*).—No creáis que está libre; es egipcia, y Nuestra Señora no puede salvar más que á una cristiana. Aunque el altar abrazasen, los paganos no podrían obtener gracia. (*Á los agentes de justicia.*) En nombre de Monseñor, obispo de París, os entrego á esa mujer impura.

Cuasimodo (*á los arqueros*).—¡Juro defenderla! ¡No os acerquéis!

Claudio Frollo (*á los arqueros*).—¡Vaciláis! Obedeced al punto; arracad del santo lugar á esa gitana.

p. 250(*Los arqueros se adelantan. Cuasimodo se coloca entre ellos y la Esmeralda.*)

Cuasimodo.—¡Jamás!

(*Se oye el galope de un caballo, y una voz que grita:*)

—¡Deteneos!

(*La multitud se aparta.*)

(Febo aparece á caballo, pálido, anhelante, fatigado, como hombre que acaba de recorrer una larga distancia.)

—¡Deteneos!

La Esmeralda.—¡Febo!

Claudio Frollo *(aparte y aterrado)*.—¡La trama se descubre!

Febo *(apeándose del caballo)*.—¡Dios sea loado, á tiempo llego y al fin respiro! ¡Esa mujer es inocente; he aquí mi asesino!

(Señala á Claudio Frollo.)

Todos.—¡Cielos, el sacerdote!

Febo.—Ese es el único culpable, y lo probaré. ¡Que le prendan!

El pueblo.—¡Oh sorpresa!

(Los arqueros rodean á Claudio Frollo.)

Claudio Frollo.—¡Ah! ¡Dios es omnipotente!

La Esmeralda.—¡Febo!

Febo.—¡Esmeralda!

(Se abrazan.)

La Esmeralda.—¡Febo adorado, viviremos!

Febo.—Tú vivirás.

La Esmeralda.—La felicidad nos sonrío.

El pueblo.—¡Vivan los dos!

La Esmeralda.—¿Oyes esas alegres aclamaciones? Á tus pies recibe á la humilde joven. ¡Cielos! palideces. ¿Qué tienes?

Febo *(vacilando)*.—¡Me muero! *(Le recibe en sus brazos; ansiedad en la multitud.)* Á cada paso que daba hacia ti, amada mía, abríase mi herida, mal cerrada aún. Yo bajo á la tumba y te dejo á la luz del sol. El destino te venga; voy á ver, pobre ángel mío, si el cielo me hace olvidar tu amor. ¡Adiós!

(Espira.)

p. 251 La Esmeralda.—Febo muere; ¡en un instante todo cambia! (*Cae sobre su cuerpo.*) ¡Yo te sigo á la tumba!

Claudio Frollo.—¡Fatalidad!

El pueblo.—¡Fatalidad!



p. 253

Ruy Blas

Drama en 5 actos, con un prólogo del autor

p. 255



Prólogo



tres clases de espectadores componen lo que se ha convenido en llamar público: primera, las mujeres; segunda, los pensadores; y tercera, la multitud propiamente dicha. Lo que esta última pide casi exclusivamente en la obra dramática es la acción; lo que las mujeres quieren ante todo es la pasión; y lo que más en particular buscan los pensadores son los caracteres. Si se estudian atentamente esas tres clases de espectadores, he aquí lo que se observa: la muchedumbre se enamora de tal modo de la acción, que á ser necesario prescinde de los caracteres y de las pasiones^[1]; las mujeres, á quienes interesa por otra parte la acción, quedan tan absortas por el desarrollo de las pasiones, que se preocupan poco de los caracteres; y en cuanto á los pensadores, tienen tal afición á ver caracteres, es decir hombres vivos en p. 256 la escena, que acogiendo con gusto la pasión como incidente natural en la obra dramática, paréceles casi importuna la acción. En esto consiste que la multitud pida sobre todo en el teatro sensaciones; la mujer, emociones; el pensador, ideas: todos quieren un placer; estos, el de los ojos; aquellos, el del corazón; los otros el del espíritu. Á esto se debe que haya en nuestra escena tres clases de obras muy diferentes: una vulgar é inferior, y las otras dos ilustres y superiores; pero todas tres satisfacen una necesidad: el melodrama es para la multitud; para las mujeres, la tragedia, que analiza la pasión; y para los pensadores, la comedia, que pinta la humanidad.

[1] Es decir del estilo, pues si la acción puede expresarse en muchos casos por ella misma, las pasiones y los caracteres, con muy pocas excepciones, sólo se expresan por medio de la palabra; y la palabra fija y no vaga es en el teatro el estilo.

Que el personaje hable como debe hablar, *sibi constet*, dice Horacio. En esto consiste todo.

Digamos de paso que no pretendemos establecer aquí nada de riguroso, y rogaremos al lector que introduzca de por sí las restricciones que nuestro pensamiento pueda concebir. Las generalidades admiten siempre excepciones: sabemos muy bien que la multitud es una gran cosa, en la cual se encuentra todo, así el instinto de lo bello como el gusto á lo mediano, así el amor á lo ideal, como la afición á lo común; también sabemos que todo pensador completo ha de ser mujer en los puntos delicados del corazón; y no ignoramos que, gracias á esa ley misteriosa que une los sexos, así espiritual como físicamente, muy á menudo se halla en la mujer un pensador. Sentado esto, y después de rogar de nuevo al lector que no dé un sentido demasiado absoluto á las pocas palabras que nos resta decir, continuemos.

Para todo hombre que se fije con detención en las tres clases de espectadores de que acabamos de hablar, es evidente que todos tienen razón: las mujeres, al pretender que se las conmueva; los pensadores por querer que se les ilustre; y la multitud porque está en su derecho al exigir que se la divierta. De esta evidencia se deduce la ley del drama. En efecto, más allá de esa barrera de fuego que se llama la rampa del teatro, la escena, y que separa el mundo verdadero del mundo ideal, el objeto del drama es crear y hacer vivir, en las condiciones combinadas del arte y de la naturaleza, caracteres diversos, es decir hombres; crear en estos pasiones que desarrollan los unos y modifican los otros; y por último, del choque de estos caracteres y pasiones con las grandes leyes providenciales, hacer que surja la vida humana, es decir acontecimientos. 257 grandes y pequeños, dolorosos, grotescos ó terribles, que ofrezcan al corazón ese placer llamado interés, y al espíritu la lección moral. Según vemos, el drama participa de la tragedia por la expresión de las pasiones, y de la comedia por la pintura de los caracteres; el drama, que es la tercera y grandiosa forma del arte, comprende, estrecha y fecunda las dos primeras. Corneille y Molière existirían independientemente uno de otro, si entre ellos no estuviese Shakespeare, dando á Corneille la mano izquierda y á Molière la derecha. De este modo, las dos electricidades opuestas de la comedia y la tragedia chocan, y la chispa que se produce es el drama.

Al explicar, como los entiende y los ha indicado ya varias veces, el principio, la ley y el objeto del drama, el autor no se oculta la exigüidad de sus fuerzas y la limitación de su espíritu. Define aquí, y no se suponga otra cosa, no lo que ha hecho, sino lo que ha querido hacer, señalando lo que para él fué su punto de partida, y nada más.

Con pocas líneas hemos de encabezar este libro, pues fáltanos el espacio para hacer las aclaraciones necesarias; y por lo tanto permítasenos pasar sin transición desde las ideas generales expuestas, y que á nuestro juicio dominan el arte si mantienen todas las condiciones del ideal, á varias ideas particulares que el drama *Ruy Blas* podría despertar en los espíritus reflexivos.

Ante todo, y no considerando la cuestión más que por uno de sus lados, bajo el punto de vista de la filosofía de la historia, ¿cuál es el sentido de este drama?— Expliquémonos.

En el momento en que una monarquía está próxima á hundirse, se pueden observar varios fenómenos: por lo pronto, la nobleza tiende á disolverse, y cuando se disuelve, he aquí cómo se divide:

El trono vacila, la dinastía se extingue, la ley cae por tierra; la unidad política queda socavada por los embates de la intriga; lo más elevado de la sociedad se bastardea y degenera; así exterior como interiormente, siéntese un desfallecimiento mortal; los grandes intereses del Estado se pierden, subsistiendo sólo los pequeños, triste espectáculo público; ya no hay policía, ni ejército, ni hacienda; y todos adivinan que se acerca el fin. De aquí resulta en todos los ánimos el tedio de la víspera, la inquietud del mañana, la desconfianza general, p. 258 el desaliento y el profundo disgusto. Como la enfermedad del Estado ataca la cabeza, la aristocracia es la primera víctima. ¿Qué sucede entonces con ella? Una parte de los nobles, la menos honrada y generosa, permanece en la corte: todo será devorado, el tiempo apremia, es preciso apresurarse para enriquecerse y aprovechar las circunstancias. Cada cual piensa sólo en sí, y sin compadecer al país realiza una pequeña fortuna particular en un rincón del infortunio público. Después de ser cortesano ó ministro es preciso darse prisa para alcanzar la felicidad y el poderío; y el que tiene talento se prostituye y triunfa. Las órdenes del Estado, las dignidades, los empleos, el dinero, todo se toma, todo se quiere y todo se saquea; no se vive más que para satisfacer la ambición y la codicia; y ocúltanse bajo mucha gravedad exterior los secretos desórdenes que pueden engendrar las flaquezas humanas. Y como este género de vida, en el cieno de las vanidades y de los goces del orgullo, tiene por primera condición el olvido de todos los sentimientos naturales, al fin se acaba por ser feroz. Cuando llega el día de la desgracia, en el cortesano caído desarróllase algo monstruoso, y el hombre se convierte en demonio.

La situación desesperada del reino impulsa á la otra mitad de la nobleza, la más digna y mejor nacida, á seguir otro camino. Vuelve á sus casas, á sus palacios, á sus castillos ó señoríos; disgústale los asuntos públicos, porque nada puede hacer; y

aproximándose el fin del mundo, no sabe qué partido tomar. Mas ¿para qué contristarse? Es preciso aturdirse, cerrar los ojos, vivir, beber, amar y gozar. ¿Quién sabe si vivirán un año más? Dicho esto, ó sólo pensado, el noble toma la cosa á lo vivo; multiplica su servidumbre, compra caballos, enriquece á mujeres, organiza fiestas, costea orgías, despilfarra, vende, compra, hipoteca, empeña, devora, entrégase á los usureros, é incendia su fortuna por los cuatro costados. El día menos pensado le ocurre una desgracia; y es que, por más que la monarquía se encamine á su ruina rápidamente, el noble llega antes á ella. Todo ha concluído, todo se ha quemado; de aquella vida tan bella y brillante, ni siquiera queda el humo; sólo se hallan cenizas. Olvidado y abandonado de todos, excepto de sus acreedores, el pobre hidalgo se convierte entonces en lo único que puede ser, en aventurero, espadachín, p. 259 y algo gitano; húndese y desaparece en la multitud, enorme masa, negra y sin brillo, que hasta entonces apenas había entrevisto de lejos á sus pies. En ella se sumerge y se refugia; ya no tiene oro, pero le queda el sol, riqueza de aquellos que nada poseen. Ha vivido al principio en las altas regiones de la sociedad; ahora se refugia en las más bajas y acomódase en ellas, burlándose de algún pariente ambicioso y rico; se hace filósofo, y compara á los ladrones con los cortesanos. Por lo demás, es bueno, valeroso, leal é inteligente, mezcla singular de poeta, de mendigo y de príncipe; se ríe de todos, é induce á sus compañeros á apalearse á los corchetes, como lo hacían en otro tiempo sus lacayos; pero sin tomar parte en el asunto. En su persona se mezclan, no sin gracia, la impudencia del marqués con la desvergüenza del gitano; manchado por fuera, consérvase limpio interiormente; y nada tiene del caballero más que el honor, que conserva en salvo, el nombre que oculta, y la espada dispuesta.

Si el doble cuadro que acabamos de trazar es el que se ofrece á la vista en la historia de todas las monarquías en un momento dado, en España es donde se produjo particularmente de una manera notable á fines del siglo XVII. Si el autor hubiese podido realizar esta parte de su pensamiento, lo cual está muy lejos de suponer, la primera mitad de la nobleza española en aquella época y en el presente drama se resumiría en D. Salustio, y la otra mitad en D. César, ambos primos, como conviene.

Se entiende que aquí, como en todas partes, al trazar este bosquejo de la nobleza española hacia 1695, nos reservamos, por supuesto, hacer raras y respetables excepciones.—Sentado esto, prosigamos.

Continuando el examen de esa monarquía y de su época, por debajo de la nobleza así distribuída, y que hasta cierto punto se podría personificar en los dos hombres citados, vemos agitarse en la sombra algo grande, sombrío y desconocido.

Es el pueblo, que tiene el porvenir por suyo, sin poseer el presente; es el pueblo huérfano, pobre, dotado de inteligencia y vigor, y que hallándose muy bajo aspira á elevarse á las alturas, llevando en la espalda el sello de la esclavitud y en el corazón las premeditaciones del genio; es el pueblo, lacayop. 260 de los grandes señores, y enamorado, en medio de su miseria y abyección, de la única figura que en esa sociedad carcomida representa á sus ojos, en divina radiación, la autoridad, la caridad y la fecundidad. El pueblo sería Ruy Blas.

Ahora bien, sobre esos tres hombres que, así considerados, harían vivir y andar á la vista de los espectadores tres hechos, y en ellos toda la monarquía española del siglo XVII; sobre esos tres hombres, repetimos, descuella una casta y hermosa joven, una mujer, una reina. Desgraciada como mujer, porque, aunque casada, es como si no tuviese esposo; infeliz como reina, porque para ella no existe el rey; inclinada á sus inferiores por piedad real y por instinto; y mirando abajo mientras que Ruy Blas, el pueblo, mira hacia arriba.

Á los ojos del autor, y sin perjuicio de lo que los personajes accesorios puedan prestar á la verdad del conjunto, esas cuatro cabezas, así agrupadas, resumirían los principales caracteres que presentaba á la vista del filósofo historiador la monarquía española hace ciento cuarenta años. Á estas cuatro figuras podría agregarse, al parecer, una quinta, la del rey Carlos II; pero así en la historia como en el drama, este soberano no es una figura, sino una sombra.

Apresurémonos ahora á decir que lo que se acaba de leer no es la explicación de *Ruy Blas*, y sí solamente uno de sus aspectos: es la impresión particular que podría dejar este drama, si valiese la pena estudiarle, en el espíritu grave y concienzudo que lo examinara, por ejemplo bajo el punto de vista de la filosofía de la historia.

Pero por poco que este drama valga, tiene, como todas las cosas de este mundo, otros varios aspectos, y se podría considerar de muy distintas maneras, porque nos es dado tomar diversos puntos de vista de una idea, lo mismo que de una montaña; esto depende del sitio donde el observador se coloca. Permítasenos, sólo para aclarar nuestra idea, una comparación por demás ambiciosa: el Mont Blanc, visto desde la Croix-de-Fléchères, no parece el mismo cuando se mira desde Sallenches; y no obstante, siempre es el Mont Blanc.

Del mismo modo, y pasando de una cosa muy grande á otra pequeña, este drama, cuyo sentido histórico acabamos de indicar, ofrecería un aspecto muy distinto si se le considerase bajo un punto de vista mucho más elevado aún, el puntop.

261 puramente humano. Entonces, D. Salustio sería el egoísmo absoluto, la inquietud sin reposo; D. César, su contrario, el desinterés y la indiferencia; en Ruy Blas veríamos

el genio y la pasión comprimidos por la sociedad, lanzándose á tanta más altura cuanto mayor es la compresión; y la reina, en fin, sería la virtud minada por el tedio.

Bajo el punto de vista exclusivamente literario, el aspecto de este pensamiento, titulado *Ruy Blas*, cambiaría de nuevo. Las tres formas soberanas del arte podrían parecer personificadas y resumidas: D. Salustio sería el drama, D. César la comedia, y Ruy Blas la tragedia: el drama anuda la acción, la comedia le complica, y la tragedia le corta.

Todos estos aspectos son verdaderos y exactos, pero ninguno de ellos completo; la verdad absoluta no está sino en el conjunto de la obra. Si cada cual encuentra lo que busca, el poeta habrá alcanzado su objeto, aunque sin lisonjearse. El asunto filosófico de *Ruy Blas* es el pueblo aspirando á las regiones elevadas; el asunto humano es un hombre que ama á una mujer; el asunto dramático es un lacayo que ama á una reina. La multitud que todas las noches acude á ver esta obra, porque en Francia la atención pública no deja nunca de fijarse en las tentativas del ingenio, cualesquiera que sean, la multitud, repetimos, no ve en *Ruy Blas* más que este último asunto dramático, el lacayo; y tiene razón.

Lo que acabamos de decir de *Ruy Blas* nos parece evidente en las demás obras. Las producciones respetables de los maestros tienen también la notable particularidad de presentar al estudio más fases que las otras. Tartufe hace reír á éstos y temblar á aquellos; Tartufe es la serpiente doméstica, ó el hipócrita, ó la hipocresía; tan pronto es un hombre como una idea. Otelo es para algunos un negro que ama á una blanca; para otros un intruso que se enlaza con una patricia; para éstos, un celoso; para aquellos, la personificación de los celos. Esta diversidad de aspectos no altera en nada la unidad fundamental de la obra, pues ya lo hemos dicho: hay mil ramas y un tronco único.

Si el autor de este libro ha insistido particularmente en la significación histórica de *Ruy Blas*, es porque á su modo de ver, sólo por el sentido histórico se relaciona esta producción con *Hernani*. El hecho culminante de la nobleza manifiéstasep. 262 en este drama, como en *Ruy Blas*, junto al hecho culminante de la monarquía: sólo que en *Hernani*, como la monarquía absoluta no está fundada todavía, la nobleza lucha aún contra el rey, aquí con el orgullo, allá con el acero, medio feudal y medio rebelde. En 1519, el noble vive lejos de la corte, en la montaña, á manera de bandido, como *Hernani*, ó cual un patriarca, como Ruy Gómez. Doscientos años más tarde todo ha cambiado: los vasallos se han convertido en cortesanos; y si el noble comprende la necesidad de ocultar su nombre, á causa de sus aventuras, no es para escapar del rey, sino para sustraerse á sus acreedores; ya no se hace bandido;

conviértese en gitano. Harto se comprende que la monarquía absoluta ha pasado durante largos años sobre esas nobles cabezas, encorvando unas y aniquilando otras.

Y ahora, permítasenos la última observación: entre *Hernani* y *Ruy Blas* transcurren dos siglos en España, dos grandes siglos, durante los cuales ha sido dado á la descendencia de Carlos V dominar el mundo; dos siglos que la Providencia, hecho notable, no quiso prolongar ni una hora, pues aquel soberano nació en 1500 y Carlos II murió en 1700. En este último año, Luís XIV recogía la herencia de Carlos V, como Napoleón, en 1800, la de Luís XIV. Esas grandes apariciones de dinastías, que iluminan por momentos la historia, son para el autor bello y melancólico espectáculo en el que con frecuencia fija sus miradas, tratando á veces de llevar algo de ellas á sus obras. Por eso ha querido iluminar á *Hernani* con los rayos de la aurora, cubriendo á *Ruy Blas* con las tinieblas del crepúsculo. En *Hernani* sale el sol de la casa de Austria; en *Ruy Blas* se pone.

París, 25 de Noviembre de 1838.

p. 263

Ruy Blas

p. 264

PERSONAJES

- RUY BLAS.
- DON SALUSTIO DE BAZÁN.
- DON CÉSAR DE BAZÁN.
- DON GURITÁN.
- EL CONDE DE CAMPO-REAL.
- EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.
- EL MARQUÉS DEL BASTO.
- EL DUQUE DE ALBA.

- EL MARQUÉS DE PRIEGO.
- DON MANUEL ARIAS.
- MONTAZGO.
- DON ANTONIO UBILLA.
- COVADONGA.
- GUDIEL.
- UN LACAYO.
- UN ALCALDE.
- UN HUJIER.
- UN ALGUACIL.
- DOÑA MARÍA DE NEUBURGO, reina de España.
- LA DUQUESA DE ALBURQUERQUE.
- CASILDA.
- UNA DUEÑA.
- UN PAJE.
- DAMAS, CABALLEROS, CONSEJEROS, PAJES, DUEÑAS, ALGUACILES, GUARDIAS Y HUJIERES.

Madrid, 169...

p. 265